

# LAS CONTRADICCIONES DE LOPE DE AGUIRRE

Por RITA GNUTZMANN

Universidad del País Vasco  
Vitoria

## Introducción

La historia de Lope de Aguirre comienza, en realidad, mucho antes, lo más tarde con la leyenda de El Dorado. Esta leyenda empujó a los hombres durante siglos a soportar sufrimientos sobrehumanos y a perecer en aventuras increíbles para encontrar un país maravilloso, que probablemente no era más que un mito o tal vez una táctica de los indígenas para desviar la codicia de los españoles hacia otros territorios. Ya Fernández de Oviedo menciona este mito aún personificado en un legendario rey:

“Se ha entendido de los indios que aquel gran señor o príncipe continuamente anda cubierto de oro molido tan menudo como sal molida...Así que, este cacique o rey dicen los indios que es riquísimo y gran señor; con cierta goma o licor que huele muy bien se unta cada mañana y se pega el oro molido... Y creo yo que si este cacique aquello usa, que debe tener muy ricas minas de semejante calidad de oro... (*Historia general*, XLVIII, cpt. 2).

Se deduce de la última frase que al propio cronista le impresionó tal riqueza. El origen del mito parece estar en el testimonio de un indio muisca apresado por los españoles bajo el mando de Benalcázar en 1536, quien habló de un rey que “en balsas iba ungado todo bien de trementina y encima cantidad de oro molido...como rayo de sol resplandeciente”.

Los hombres más famosos que se embarcaron en la aventura de El Dorado —y de paso del país de la Canela— fueron Gonzalo Pizarro, Francisco de Orellana (y su cronista el padre Gaspar de Carvajal), Jiménez de Quesada, el alemán Nikolaus Federmann y el navarro Pedro de Ursúa, “capitán general del Río Marañón”, entre cuya tripulación figuraba Lope de Aguirre.



Todavía en el siglo XVII Juan Rodríguez Freyle se ocupa de El Dorado en su *Historia de Nueva Granada* (también llamada *El carnero*):

“Era costumbre entre estos naturales que el que había de ser sucesor y heredero del señorío o cacicazgo de su tío, a quien heredaba, había de ayunar seis años, metido en una cueva que tenían dedicada y señalada para esto... Cumplido este ayuno y estas ceremonias, se metían en posesión del cacicazgo o señorío y la primera jornada que habían de hacer era ir a la gran laguna de Guatavita a ofrecer y sacrificar al demonio, que tenían por su dios y señor.

La ceremonia consistía en hacer en aquella laguna una gran balsa de juncos, aderezándola y adornándola lo más vistoso que podían...

La laguna, con ser muy grande y honda de tal manera que puede navegar en ella un navío de alto bordo estaba toda coronada de infinidad de indios e indias, con mucha plumería, chaguales y coronas de oro, con infinitos fuegos... Desnudaban al heredero en carnes vivas lo untaban con una tierra pegajosa y lo espolvoreaban con oro en polvo y molido de tal manera que iba cubierto todo de este metal. Metíanle en la balsa en la cual iba de pie, y a los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese a su dios. Entraban con él en la balsa cuatro caciques los más principales, muy aderezados de plumería, coronas de oro, brazales, chaguales y orejeras de oro, también desnudos; cada cual llevaba su ofrecimiento” (Cap. II).  
Foto 1.

Pero estos relatos se inspiraron, más que en la realidad, en el deseo de los aventureros y en sus lecturas de novelas caballerescas, como puede observarse fácilmente en una crónica como la de Bernal Díaz sobre la entrada de los españoles en Tenochtitlan (Mexico). Todavía en 1982 nada menos que Gabriel García Márquez, en su discurso pronunciado al recibir el Premio Nobel hace referencia a las crónicas, a El Dorado y a lo que significan para el escritor americano moderno:

“Los cronistas de Indias legaron otros (gérmenes) incontables. Eldorado, nuestro país ilusorio tan codiciado, figuró en mapas numerosos durante largos años, cambiando de lugar y de forma según la fantasía de los cartógrafos”.

No se encuentra mejor ejemplo de inspiración fecunda que las obras que a continuación se analizarán en este trabajo.

Pero dediquemos antes algunas reflexiones al Aguirre histórico. En primer lugar hay que constatar que el personaje histórico es casi tan controvertido como el literario, y es más, que existe la tendencia de recurrir a la literatura para definir su carácter. Casi siempre se cita a Vázquez y Almesto como fuente fidedigna, sin tener en cuenta que ellos mismos estuvieron implicados en los hechos y muy interesados además en demostrar su propia ino-





Foto 1:

La leyenda de El Dorado habla de un cacique desnudo al que se recubría de oro cada mañana.

cencia (a pesar de que firmaron el acta de desnaturalización). Francisco Morales Padrón en su *Historia del descubrimiento y conquista de América* (Madrid 1981) procede de esta forma, igual que el reciente libro *Lope de Aguirre* en "historia 16" (1987), que mezcla realidad y ficción hasta el punto de insinuar una relación freudiana entre Lope y su hija Elvira, tal como la ofrece la novela de Abel Posse *Daimón* (1981).

Con respecto a las crónicas contemporáneas a los acontecimientos, bien sean de los propios "marañones", bien de un historiador como Toribio de Ortiuguera, es evidente que tienen en común el punto de vista de los súbditos leales al monarca. Describen con espanto (en algunos seguramente fingido) la rebelión del "loco" Aguirre contra su legítimo rey. El aborrecimiento que los cronistas sienten o fingen es explicable, ya que este acto significa nada menos que su sublevación contra leyes naturales y divinas. En aquella época la disconformidad era inadmisibile. Es interesante observar, sin embargo, que la máxima sumisión no se encuentra en los textos de los marañones, que tenían



todas las razones para querer mostrar su inocencia y fidelidad al soberano, sino en el cronista Toribio de Ortiguera, libre de toda sospecha. (1). En la dedicatoria al príncipe Felipe y al "discreto lector" expone el objetivo de su crónica:

"para que las personas que las vieren entiendan y vean el castigo que se hizo con los culpados y para que los presentes y venideros tomen ejemplo en cabezas ajenas, procurando los buenos y leales vasallos tomar ánimo a hacer cosas señaladas y servir a vuestra alteza con la lealtad y fidelidad que se le debe... pues haciéndolo al contrario, se pierden las vidas, las honras y haciendas, y por la mayor parte las ánimas". (*Crónicas* p. 33s).

Confirma el carácter eterno de la jerarquía:

"ni en la imaginación no es justo que haya quien se atreva hacer contra su rey y señor natural, ni contra la autoridad de sus ministros; sino que con toda llaneza y lealtad se subyete a sus leyes y mandamientos, pues con ellos nos aseguran las vidas, honras y haciendas" (*id.*, p. 79).

Critica duramente al aventurero por no haberse arrepentido cristianamente:

"viendo que había de morir, fuera bien arrepentirse de sus pecados para que Dios le perdonara y hubiera merced de su ánima" (*Crónicas*, p. 150).

No se debe olvidar la importancia del aspecto religioso en aquella época, mientras que en la nuestra no desempeña un papel decisivo o ningún papel para un hombre de tendencia comunista como Otero Silva (a pesar de su reciente libro, *La piedra que era Cristo*). Otero satiriza la imagen del Aguirre endiablado que presentan algunos piadosos cronistas a través de su propio personaje que se dirige en un diálogo imaginario a "vuestra merced":

"Los agarrotados por el cruel tirano pasaban de un millar, así veía aparecer un fraile le arrancaba el balandrán y le cortaba la cabeza, ni los monacillos escapaban de su furia, hacía arrastrar mujeres desnudas amarradas a las colas de los caballos. Atila en Galias no hizo tantos desafueros, Nerón en Roma no derramó tanta sangre de cristianos, no era un espíritu humano sino un enviado del infierno, hedía a azufre y a muerciélagos muertos, es-

---

1. Como fuente principal es recomendable el libro *Lope de Aguirre. Crónicas 1559-1561*, compilado e introducido por Elena Mampel González y Neus Escandell Tur. Barcelona. Editorial 7 1/2. 1981. El libro se citará a continuación como *Crónicas*. Para una descripción detallada de los cronistas y sus crónicas véase las introducciones en *Crónicas*. Elías Amézaga publicó la crónica de Diego Aguilar y de Córdoba en su libro *Yo, Demonio Lope de Aguirre*. San Sebastián. Ediciones Vascas. 1977.



condía pezuñas dentro de los borcegués, *¡vade retro, exi foras!*" (*Príncipe* p. 308).

Con la misma ironía, el autor trata la creencia de algunos cronistas en un espíritu diabólico que Aguirre poseía (p. 215s.).

El personaje de Oñate ha sido resucitado con cierta frecuencia en la literatura y en el cine. Tras la película de Werner Herzog, Carlos Saura está rodando en estos momentos (en 1987) un nuevo film sobre Lope. En una entrevista expresó su opinión acerca del personaje definiéndolo como un ser "fantástico":

"Es un aspecto más humano (que quiere mostrar). No es que yo le vaya a humanizar. Yo no quiero justificar las barbaridades que hizo Aguirre, pero sí se trata de entender por qué las hizo... Aguirre aparece en la crónica como un loco, traidor, peligroso pendenciero... Entre líneas, te vas dando cuenta de que no pudo ser así, porque si hubiera sido así no habría podido nunca acceder al poder en las condiciones en que accedió si no hubiera tenido la colaboración que tuvo entre las gentes que estaban allí (*El País*, 19-2-1987).

Aunque ya sean conocidas las obras literarias, recuerdo brevemente los autores y títulos más importantes. Otro vasco, Pío Baroja se refiere en las *Inquietudes de Shanti Andia* al soldado del siglo XVI con estas palabras:

"El leer aquellas aventuras de Aguirre me producía un poco la impresión que produce a los niños *Guignol* cuando apalea al gendarme y cuelga al juez. A pesar de sus crímenes y sus atrocidades, Aguirre, el loco, me era casi simpático".

El final de *Tirano Banderas* de Valle-Inclán se acerca al del soldado vasco y su hija Elvira, apuñalada por su padre (2). Como Aguirre, el Tirano Banderas será descuartizado y sus partes distribuidas en cuatro ciudades:

---

2. En realidad la muerte de otros famosos rebeldes podría haber prestado el modelo para Valle-Inclán. Se lee en un informe oficial de la época acerca de la ejecución de Tupac Amaru II en Cuzco en 1781: "le cortó la lengua el verdugo... atáronle a manos y pies cuatro lazos, y, asidos éstos a la cincha de cuatro caballos, tiraban cuatro mestizos a cuatro distintas partes... después, se condujo el cuerpo bajo la horca, donde le sacaron brazos y pies... (a él) y a los demás se le sacaron las cabezas para dirigir las a diversos pueblos".- A Tiradentes, el famoso rebelde brasileño, no le fue mejor en 1792. Se ejecutó la siguiente orden acerca de su muerte: "Al infame Tiradentes le sería cortada la cabeza y su cadáver descuartizado; su cabeza sería clavada en un poste alto en el lugar de su habitación, y los pedazos se pondrían: uno en el lugar llamado Cebollas; otro, en la Borda del Campo; otro en la Varginha; y otro en Carijós..." (ambos textos citados en *Noticias secretas y públicas de América*, ed. por E. Rodríguez Monegal. Barcelona, Tusquets Editores, 1984), pp. 287, 291.



“Zamalapoa y Nueva Cartagena, Puerto Colorado y Santa Rosa de Titipay fueron ciudades agraciadas”. Reaparece Lope con su hija en *Juicio Universal* de Giovanni Papini. Eduardo Galeano en una escena de *Memoria del fuego. I. Los nacimientos* presenta a Aguirre en sus últimos momentos, destruyendo los espejos que le rodean, retando a un enorme retrato del rey Felipe II. El venezolano Luis Britto García incluye una breve narración sobre el final de Lope en su libro *Rajatabla*. Por último, Gonzalo Torrente Ballester habla de su obra dramática *Lope de Aguirre* en su diario de 1940, momento en que estaba planeando su drama sobre el “más ambicioso y atormentado de los españoles (al que ni la muerte puso) límites a su crueldad y soberanía, siendo su final el más impío y orgulloso que las historias recuerdan”. (3).

En cuanto a novelas, Aguirre ocupa el lugar de protagonista, a saber: en *El camino de El Dorado* del venezolano Arturo Usler- Pietri (1947), en *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (1964) de Sender, en *Daimón* del argentino Abel Posse (1979) y, el mismo año, en *Lope de Aguirre, Príncipe de la libertad* de otro venezolano, Miguel Otero Silva.

No ha de extrañar el interés de los autores venezolanos por el aventurero Lope de Aguirre, puesto que su recuerdo permanece vivo en el país en que encontró la muerte, a través de cuentos y romances y la admonición a los niños para que se porten bien, si no, viene el “coco” Aguirre. No en vano tres de los principales textos sobre el personaje fueron escritos por venezolanos: Usler Pietri, Miguel Otero Silva y Casto Fulgencio López. Otero Silva enhebra todas las leyendas sobre Aguirre en el epílogo de su novela *Lope de Aguirre, Príncipe de la libertad*:

“yo salgo en la imaginación de los pueblos que no me deja morir yo cruzo los mares de la Margarita montado en un caballo blanco... yo anuncio la madrugada con un revoleo de tambores... es mi voz animando a los marañones con gritos de guerra... soy yo la ira de Dios... salgo en las sabanas de Barquisimeto buscando sin esperanza la sombra triste de mi niña Elvira mi fantasma ronda los matorrales... me levanto en las noches de luna menguante mis cabellos son una tea encendida que los vientos no apagan mis pies son llamas errantes... en pos de mis huellas traquea el carromato de la muerte... mis manos tremolan una bandera negra...” (sin puntos en el original, p. 344s.).

En los tres estudios siguientes se han empleado intencionadamente diferentes métodos de análisis para conseguir un enfoque más amplio. El primero,



sobre el relato de Miguel Otero Silva, intenta mostrar las transformaciones efectuadas por el autor sobre los diferentes textos históricos; el segundo sobre Uslar Pietri es un cotejo detallado de una fuente concreta con su versión literaria, mientras que el tercero pretende señalar, por un lado, los rasgos distintivos de la obra de Sender desde el punto de vista de la recepción y, por otro, compararla con su contrapartida diametralmente opuesta: la novela de Otero Silva que analizamos al principio.

### I. Miguel Otero Silva: Aguirre, la reivindicación del "príncipe de la libertad". (4).

Fijémonos en primer lugar en otras interpretaciones del carácter de Aguirre, para luego poder centrarnos en la que ofrece Otero Silva en su novela.

El hecho de que el personaje vasco haya sido tratado con tanta frecuencia en nuestro siglo, tal vez comparable con el interés que ha suscitado el mismo Colón, comprueba que quedaban aspectos de su carácter y de su peripecia por estudiar. En efecto se puede decir que ha habido una evolución en la imagen de Aguirre. De la condena total por parte de sus contemporáneos—"cruel y perverso tirano, chocarrero, grande amotinador, bullicioso y carnicero; atrevido, loco y desatinado; astuto, taimado y sagaz en ardidés y marañas; cual cruel facineroso" son calificativos más frecuentes— se pasa hoy día a una defensa casi unánime del mismo personaje. El cambio de interpretación, evidentemente, hay que buscarlo en las ideas de las respectivas épocas y autores que se ocupan del mismo fenómeno. La lucha actual de los pueblos hispanoamericanos para librarse de cualquier tipo de dominación extranjera hace que éstos vean en Lope de Aguirre al primer americano que se rebela contra el rey de España, extranjero y explorador (Otero Silva, Galeano, Posse).

Es interesante observar que los dos autores venezolanos, casi contemporáneos, dan una imagen totalmente opuesta de Aguirre. Uslar-Pietri ve en él un precursor de los tiranos y dictadores posteriores que fundan su poder sobre el miedo y el terror de las armas. La soledad, desconfianza y lo tenebroso del

---

4. Barcelona. Seix Barral. 1982. El texto se citará a continuación como *Príncipe*. Existe, además, la "narración biográfica" acerca de este personaje, *Lope de Aguirre. El peregrino. Primer Caudillo de América* (1947) de otro venezolano, Casto Fulgencio López, publicado en España por "Los libros de Plon" (1977); además Britto García recibió el Premio Nacional de Teatro (Venezuela) por su obra *El tirano Aguirre o la conquista de Eldorado* (1975).



personaje hacen pensar en los dictadores de Valle-Inclán y Miguel Angel Asturias. Por el contrario, Otero Silva presenta a Aguirre como precursor del gran libertador Bolívar, quien, según el autor, ordenó más tarde, en 1821, que se copiase la carta de desafío al rey:

“el Libertador calificaba el documento de desnaturalización de España, firmado por Aguirre y sus marañones en la selva amazónica, como “*el acta primera de la independencia de América*” (Príncipe, p. 252).

Por esta razón la novela de Otero Silva me parece la más interesante para analizar la transformación del personaje histórico (tal como nos lo presentan los textos de su época, ciertamente con prejuicios, errores y falsificaciones) en personaje literario. El mismo Otero Silva explica y defiende en su nota su procedimiento: contra su hábito se sometió “a la humillación de husmear en bibliotecas y archivos”, analizando y acotando “ciento ochenta y ocho autores diferentes”. Sin embargo, como es lógico, no refleja fielmente el personaje de los textos históricos (cosa imposible, puesto que se contradicen con mucha frecuencia entre sí):

“porque es precepto universal que los novelistas no estamos obligados a rendir cuentas a nadie de nuestras (biografías)”. (p. 249).

A pesar de que el autor sigue sus fuentes con gran fidelidad, principalmente las de Vázquez y Alместo, Zúñiga, Hernández, Ortiguera y el autor anónimo, sin embargo, no crea una obra de parches ni repite los juicios y prejuicios de aquéllos, sino que hace surgir un personaje totalmente nuevo. Por esta razón es erróneo el juicio de otro escritor, Rafael Humberto Moreno-Durán, según el cual “las referencias, nombres, fechas, incidentes y genealogías sepultan las posibilidades del narrador” (5).

El análisis de la reelaboración y transformación de las fuentes por parte del autor venezolano están en el centro de este estudio.

## Lope de Aguirre

Ocupémonos primero del actor principal de la novela, ya que los demás personajes tienen función subordinada respecto a él.

El título de la novela, “Príncipe de la *Libertad*”, es todo un programa

---

5. R.H. Moreno-Durán, “Lope de Aguirre o la sedición en sus fuentes”, *El Viejo Topo*, n.º 42, marzo 1980, p. 59.



que se introduce desde el principio. Para ello el autor inventa escenas de la juventud de Aguirre, e incluso momentos anteriores a su nacimiento, como el episodio del abuelo materno Lope de Araoz (Otero toma por seguro el nacimiento de Aguirre en Araoz, barrio de Oñate) al que le cortaron la lengua por llamar al conde local y sus seguidores "una cuadrilla de serviles borrachos". Ya este acto no se dirige contra el tal conde, sino contra el servilismo para con el rey Carlos I. Muestra el amor a la libertad que será el signo capital que marcará la vida del nieto.

Cada uno de los breves episodios que abren la novela pretenden mostrar algún rasgo del futuro "héroe": el primero, el del abuelo materno, la insubordinación; el segundo, el espíritu vengativo, representado en el patrono de Oñate, San Miguel Arcángel, "un santo armado y combatiente". Su imagen recorre como *leitmotiv* toda la novela; reaparece tras la injusta flagelación en Potosí, al tomar venganza Aguirre en el alcalde Esquivel; tras el asesinato de Ursúa y Juan de Vargas, en la carta imaginaria (o monólogo interior) dirigida al rey en la que abjura de él y jura vencerlo y humillarlo y en la primera batalla contra los reales en la que sus marañones "tiran a las estrellas". En otra ocasión el padre Henao implora en vano la ayuda de San Miguel contra Aguirre; al contrario el arcángel parece haberse puesto al lado del oñatiarra, ya que éste se anticipa y ejecuta al cura (pp. 66, 104, 166, 183, 228, 322).

El tercer episodio narra el amor puro del joven Aguirre por la sobrina de un fraile de Aranzazu; el cuarto establece la sólida amistad entre Aguirre y su compañero de barrio, Antón Llamoso. El sexto episodio explica en forma dramatizada los motivos que empujaban a un joven a ir a América: la conversión de los indios, hacer fortuna, revivir las aventuras de los Amadis y encontrar la fama. Juanisca Garibay le predice su futuro excepcional: "caballero andante, héroe, conquistador, caudillo, gran rebelde".

Otro episodio inventado por Otero Silva es el de la estancia de Lope de Aguirre entre los gitanos sevillanos, entre los que aprende a domar caballos, oficio en el que se emplea en Perú según sus cronistas, y aprende a defenderse en legítima lucha contra un hombre que le insulta. Casi la totalidad de las crónicas callan acerca de su vida en Perú antes de alistarse en la expedición de Pedro de Ursúa, aparte de alguna alusión a actos "bulliciosos". La crónica de Vázquez y Almesto, sin embargo, hace resumen de sus acciones antes de hacerse marañón:

"fué con Diego de Rojas á la entrada de los Chunchos, y despues... con el capitán Pedro Alvarez Holguin, en favor de Vaca de Castro; y vispera de la batalla de Chupas, se escondió en Guamanga... y en el alzamiento de Gonzalo Pizarro, aunque fué por alguacil de Verdugo, se quedó en Nicara-



gua... Y después desto se halló en muchos bandos y motines... y fué uno de los que mataron al general Hinojosa, Corregidor y Justicia mayor de las Charcas, con D. Sebastián de Castilla, y se alzaron contra Su Majestad; y después... anduvo muchos días huido y escondido... sucedió el alzamiento luego de Francisco Hernandez Giron; por lo cual gozó de un perdon general... Estuvo asimismo preso en el Cuzco, porque dijeron... que él y á un Lorenzo de Calduendo hacian cierto motin para se alzar contra Su Majestad" (*Crónicas*, p. 270s.). Foto 2.



Foto 2:

Francisco Hernández Girón - batalla de Chuquianga (de la "Corónica..." de Guamán Poma.



Otero Silva toma este resumen como fuente para la carta imaginaria que dirige Aguirre al rey para acusar a los administradores y frailes de la Corona de abusos y para quejarse de la falta de una recompensa justa para él mismo. Según esta carta, al llegar a Cartagena como soldado, es obligado por el gobernador Pedro de Heredia a robar sepulturas de los indios, acto que le indigna y le lleva a abandonar la provincia. Confirma su participación en las incursiones contra los indios chunchos e incluso habla de la fundación de poblaciones en servicio del rey. Se alista bajo Alvarez de Holguín para luchar contra los Pizarro. Si Vázquez y Almesto le acusan indirectamente de cobardía al no participar por fin en las luchas contra Pizarro, el Aguirre de la novela aduce buenas razones para ello: ambos conquistadores, Almagro y Pizarro eran hombres codiciosos y crueles que no merecían ser defendidos. Cita como máxima perversión de Pizarro el degollamiento del inca Atahualpa y el hecho de haber cortado la mano derecha a seiscientos indios en la Plaza de Cuzco. Foto 3

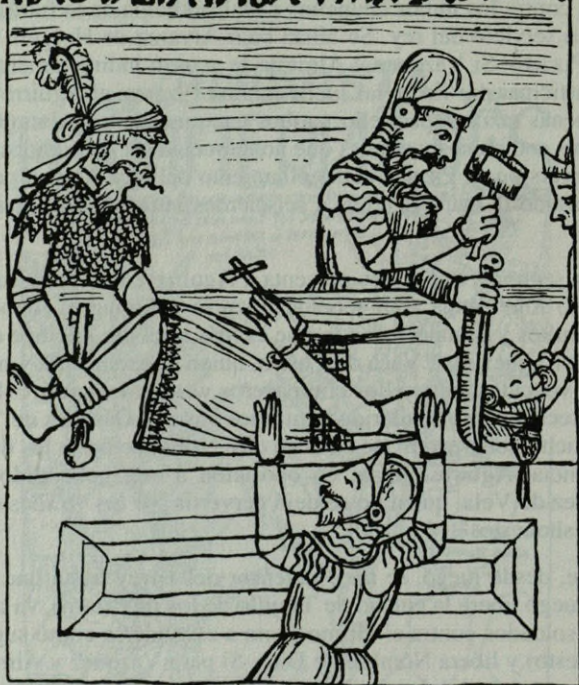
Ya por segunda vez se nos presenta a Aguirre como defensor de los indios. Pero no sólo critica a los rebeldes Pizarro y Almagro, conocidos como hombres incultos y brutales, sino lo que es más atrevido, incluye en la crítica al gobernador y juez real, Vaca de Castro, quien degüella "día y noche" a los almagristas vencidos, entre ellos compañeros vascos de Aguirre. El autor subraya con frecuencia la solidaridad entre los vascos. Después de "bañarse en sangre" el dicho gobernador "se baña en oro", robando hasta los dineros de la Real Audiencia. Aguirre elogia, en oposición a este gobernador, al virrey Blasco Núñez de Vela, quien no se dejó pervertir por los "frailes desalmados y oidores deshonestos".

Aguirre, desde luego, se hace defensor del virrey hasta que éste muere asesinado; luego libera la ciudad de Trujillo de los de Pizarro, va a Nicaragua para alistar soldados contra el último (y no a esconderse como sugieren Vázquez y Almesto) y libera Nombre de Dios. Si para Vázquez y Almesto el General Hinojosa era leal defensor del rey, para Otero, Aguirre es "enemigo" de la Corona y sólo en último momento entra en la lucha contra Pizarro. Por lo tanto su muerte, lamentada por Vázquez-Almesto, a manos de Aguirre y Sebastián de Castilla es plenamente justificada. A continuación Sebastián de Castilla es traicionado por uno de los suyos y el "maligno" mariscal Alonso de Alvarado extermina a la mayoría de los rebeldes y expone a Aguirre en los lugares más peligrosos durante la lucha contra Francisco Hernández Girón. En la batalla bajo la bandera real, Aguirre es herido en defensa de su rey (pp. 71-93).

Vázquez-Almesto acusan a Aguirre de no haber vuelto a la lucha "hasta muerto y desbaratado Pizarro". Al contrario el vasco se queja de haber ofreci-



# CONQUISTA CORTALELACAVESAA ATAGVALPAINGA VMATA CVCHV



muerto a Incaualpa  
en la ciudad de Cuzco

jeom 6

Foto 3:

Degollamiento del Inca Atahualpa (de la "Corónica..." de Guamán Poma).

do sus servicios dos veces a Pedro de la Gasca y haber sido rechazado otras tantas. En la repartición posterior a la derrota de Pizarro, el injusto Gasca deja de lado a Aguirre y hace beneficiarios a los expizarristas que se convirtieron en el último momento al bando real. (6). Foto 4

6. Con ironía Otero pone en boca de Pedro de Munguía, otro de los cronistas marañones, la





Foto 4:  
Pedro de la Gasca.



El lector observará que muchos de los datos coinciden en ambos textos, el histórico y el ficticio; pero la interpretación de ellos es totalmente opuesta: el cobarde y alborotador de uno se transforma, en el otro, en hombre juicioso y leal que sufre las injusticias de la corrupta administración real.

Mientras que Toribio de Ortuera, el coronista más devoto de las autoridades, incluye una gran alabanza de las virtudes del virrey Andrés de Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, "liberal, dadivoso, amigo de los pobres, muy limosnero" (*Crónicas*, p. 39), Aguirre le denuncia como "astuto, cruel y pérfido". Ahorcó a algunos soldados rebeldes que el rey había perdonado al volver ellos a la Corona (*Príncipe*, p. 102). Foto 5 El astuto Marqués aprovecha la leyenda de El Dorado para librarse de trescientos soldados (los marañones) que podrían ser peligrosos en su mandato. El autor se imagina discursos y monólogos interiores en los que Aguirre intenta abrirles los ojos a los soldados sobre los "virreyes desalmados, oidores avarientos y frailes disolutos" y las "afrentas de los jueces" (p. 165, 181).

No se inventa Otero Silva estas quejas de Aguirre sino que ya se encuentran en las crónicas, p.e. en las de Gonzalo Zúñiga y Vázquez-Almesto. Según éstos Aguirre solía jurar que iba a matar a todos los frailes, letrados, oidores, presidentes, obispos y arzobispos "porque decía los dichos señores tenían destruidas las Indias" (*Crónicas*, p. 22, 238). El episodio de Potosí es del mismo tono. Otero utiliza un capítulo de los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso en el que se narra la injusticia cometida en un español de apellido Aguirre (7). Ya el crítico vasco Segundo de Ispizua apuntó en su obra *Los*

---

confirmación de la injusta repartición de La Gasca (p. 71s., 80), protesta que aquél desde luego nunca expresa en su crónica, como tampoco sale en defensa del "libertador" Hernández Girón (p. 97). Otero Silva toma tardía venganza en nombre de su personaje contra sus cronistas. Elige para ello uno de los más sospechosos, Munguía, ya que en su crónica se calla casi enteramente el viaje por el Amazonas para, al contrario, detallar los sucesos de su reconversión a la bandera real. Irónicamente el autor venezolano hace de él uno de los tres hombres de mayor confianza de Aguirre; los otros dos son también vascos, Martín Pérez de Sarrodo y Antón Llamoso.

7. Puesto que el episodio es poco conocido lo cito aquí: "...saliendo de Potosí una gran banda de más de doscientos soldados para el reino de... Tucumán, habiendo salido de la villa los más de ellos con indios cargados, aunque las provisiones de los oidores lo prohibían, un alcalde mayor de la justicia... el licenciado Esquivel... salía a ver los soldados como iban por sus cuadrillas, y habiéndolos dejado pasar todos con indios cargados, echó mano y prendió al último de ellos que se decía fulano de Aguirre por que llevaba los indios cargados y pocos días lo sentenció a doscientos azotes... Viendo esto Aguirre le envió a suplicar que en lugar de los azotes lo ahorcase... Con el licenciado no aprovechó nada... que en lugar de aplacarse, mandó que fuese luego el verdugo con una bestia y los ministros para ejecutar la sentencia, los cuales fueron a la cárcel y subieron al Aguirre en la bestia. Los hombres principales y honrados de la villa viendo la sinrazón acudieron todos al juez y le suplicaron que no pasase adelante aquella sentencia, porque eramuy riguro-



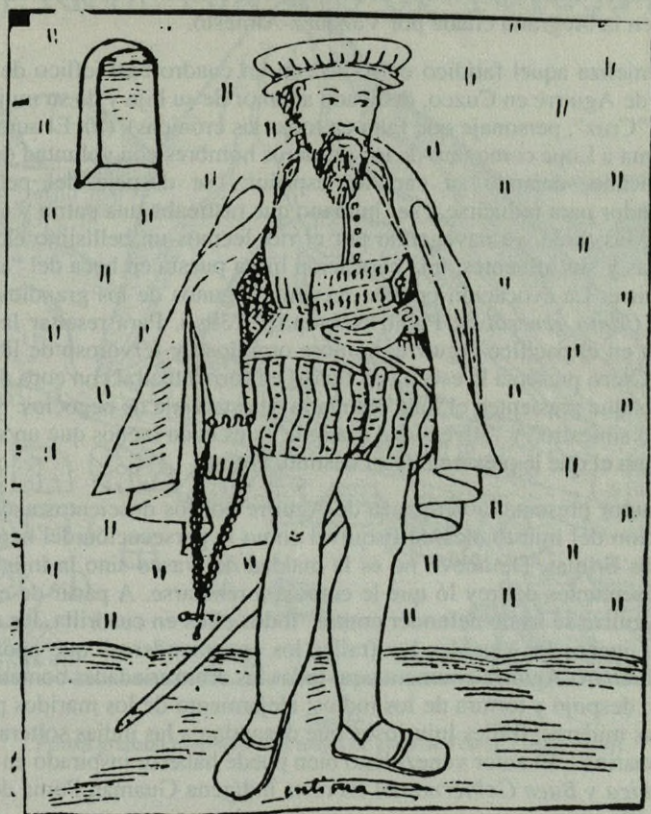


Foto 5:

Don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete (según Guamán Poma).

sa...hallaron que ya Aguirre estaba desnudo y puesto en la cabalgadura. El cual oyendo que no se le hacía más merced que detener la ejecución por ocho días... él mismo aguijó la cabalgadura; corrió su carrera con mucha lástima de indios y españoles de ver una crueldad y afrenta ejecutada tan sin causa en un hijodalgo; pero él se vengó como tal conforme a la ley del mundo" *Historia general del Perú. Comentarios reales*. Madrid. BAE, cpt. XVII, p. 38s. A continuación relata cómo Aguirre tomó su venganza tres años y cuatro meses después.



*vascos en América* (1918) la posibilidad de que el Aguirre del Inca y el marañón fueran el mismo personaje, hecho bastante controvertido, que desde luego falta en la biografía citada por Vázquez-Almesto.

Comienza aquel fatídico episodio con un cuadro casi idílico de la vida pacífica de Aguirre en Cuzco, dedicado al amor de su hija y de su mujer india Cruspa ("Cruz", personaje que falta en todas las crónicas). (8). El autor incluso presenta a Lope como uno de los primeros hombres con voluntad de hacerse americano, dejando su carácter español: "se despejó del pellejo de conquistador para reducirse a ser humano que rastrea una patria y un redil" (p. 53). Más tarde, ya navegando por el río, leemos un bellísimo elogio del Amazonas y sus afluentes, una evocación lírica puesta en boca del "americano" Aguirre. La evocación poética recuerda algunos de los grandiosos poemas del *Canto general* de Pablo Neruda (p. 139s.). Para resaltar la afrenta cometida en el pacífico Aguirre, hombre orgulloso y fervoroso de libertad y justicia, Otero presenta la escena en Potosí en forma teatral con coro de viejos y mujeres que presenten el fatal resultado de este viaje de negocios. Se habla de "signo siniestro" y "adversidad maligna" y es nada menos que un viejo indio adivino el que le previene de su destino. Foto 6

El autor presenta la venganza de Aguirre por los doscientos azotes y su persecución del injusto alcalde Esquivel como la persecución del héroe griego por las Erinias. De nuevo no es la maldad del vasco sino la injusticia de los representantes del rey lo que le empuja a rebelarse. A partir de este momento Aguirre se ha de defender contra "todos ellos en cuadrilla, los corregidores los jueces los alcaldes los frailes los encomenderos" que apoyaban a Esquivel. Otero-Aguirre enumera aquí todas las arbitrariedades cometidas por aquellos: despojo y tortura de los indios; alejamiento de los maridos para gozar de sus mujeres; frailes lujuriosos que desnudan a las indias solteras en los confesionarios... El autor venezolano bien puede haberse inspirado en la *Nueva Corónica y Buen Gobierno* del cronista indígena Guaman Poma de Ayala (s.XVI). (9).

8. Vázquez-Almesto tachan a Aguirre de "lujurioso" (*Crónicas*, p. 270); al contrario el Aguirre ficticio es enemigo de las "malas mujeres" y mantiene fidelidad total a su esposa aún después de la muerte de ésta. Igualmente los dos cronistas lo llaman "glotón", mientras que en la novela nunca cae en "tentaciones de yucas y cazabes" (p. 184, 139).

9. En otra ocasión Aguirre se queja de los "padres de doctrina fornicadores, encomenderos concupiscentes, mayordomos violadores" y de "la disolución de los frailes (que) no han venido a las Indias a salvar almas sino a hacer negocios de mercaderías... a satisfacer su lujuria en mozas... a aprovecharse sin paga ni caridad de los indios que trabajan en sus repartimientos... enemigos de los pobres, ambiciosos de mando, glotones y lascivos, avarientos y holgazanes, sodomitas y envidiosos" (p. 104, 276).



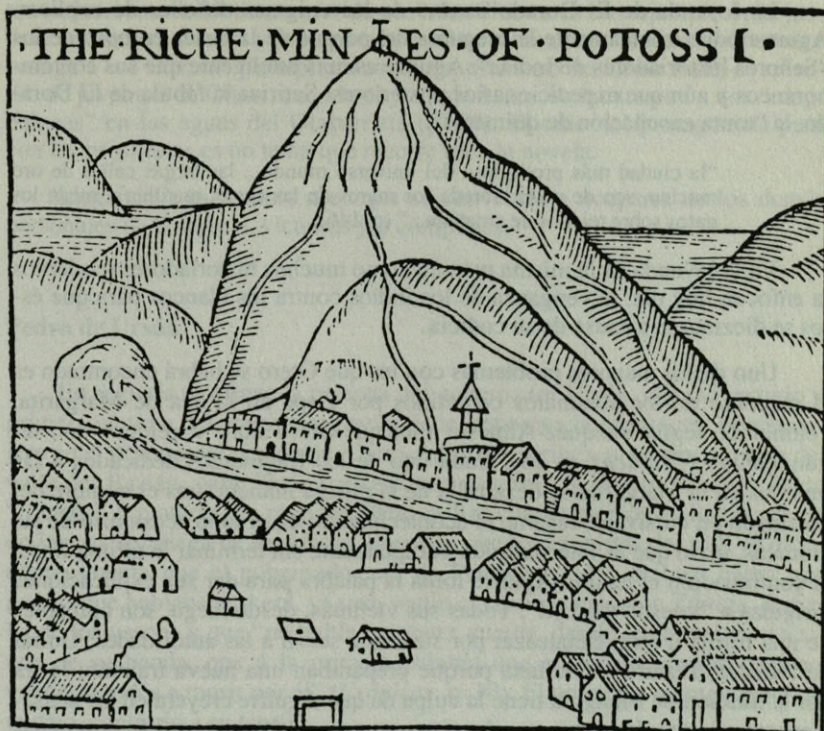


Foto 6:

Primer grabado impreso de las minas de plata de Potosí. Londres 1581.

Tras la batalla de Chuquiaguá en que Aguirre lucha con el ejército real contra Hernández Girón, el novelista introduce hábilmente una descripción del protagonista: pierna derecha coja, rostro y manos chamuscados para siempre y tuerto. La mayoría de los cronistas introducen una descripción física del caudillo marañón, siempre desfavorable, para mostrar la coincidencia de su físico con su espíritu, o como dice Voltaire de Candide: "Saphysionomie annonçait son âme". "Pequeño, mal agestado, cara pequeña y chupada, ojos bullendo", "mal hecho, feo de rostro, cojo", así lo retratan Vázquez-Almesto y Zúñiga (*Crónicas*, p. 270, 26), el autor anónimo (p. 280) y Custodio Hernández. Otero Silva no niega la fealdad física de su protagonista, pero hace culpable de ella al servicio y a los sufrimientos de Aguirre en favor de su rey.



La leyenda de El Dorado es uno de los enigmas difíciles de explicar. Aguirre pone irónicamente la pregunta del porqué de la busca en boca de los "Señores historiadores de Indias". Aguirre es más inteligente que sus contemporáneos y aún que expedicionarios posteriores. Satiriza la fábula de El Dorado, la "tonta ensoñación de quimeras".

"la ciudad más prodigiosa del universo mundo... las largas calles de oro macizo, son de plata labrada los muros de las casas, maúllan y mean los gatos sobre tejados de amatista..." (p. 146).

Ve la leyenda de la misma manera como muchos historiadores modernos la enfocan hoy día: la venganza de los indios contra los blancos para que éstos se diezmaran a causa de su codicia.

Uno de los mayores problemas con los que Otero se habrá encontrado es el recuento de los asesinatos cometidos por Lope en la isla de Margarita, veinticinco según Vázquez-Almesto a los que Otero sique y treinta y uno según Zúñiga (*Crónicas*, p. 25). Cada uno de los fragmentos dedicados a las muertes en la Margarita se desarrolla de la misma manera: tras el nombre del asesinado en cursiva se resume el acontecimiento en el tono acusatorio de las crónicas, texto que es interrumpido abruptamente sin terminar la última frase. A continuación el mismo Aguirre toma la palabra para dar sus explicaciones dirigidas a "vuestra merced". Todas sus víctimas, desde luego, son culpables de una forma u otra: Belalcázar por sumisión servil a las autoridades; Guiral de Fuentes, Pizarro y Orellana porque preparaban una nueva traición; la ira por la traición de Munguia tiene la culpa de que Aguirre creyera en las acusaciones perversas de su maestro de campo coantra el "bravo capitán vascongado" Iturriaga. El autor introduce una cita literal del cronista Ortiguera en las cinco muertes de las autoridades de la isla, en la que muestra la perfidia de Aguirre, matando ciegamente para hacer cómplices a sus compañeros y vincularlos de forma indisoluble a su persona (*Crónicas*, p. 139; *Príncipe*, p. 266). Otero-Aguirre confirma la autenticidad del discurso citado, pero refuta la acusación como "mentira y falsedad", ya que las dichas autoridades eran culpables de doble juego y traición; y, como se sabe, en tiempo de guerra estos crímenes son castigados con la muerte. (10).

Una vez que sabemos la opinión de Aguirre acerca de los religiosos no sorprende que en la lista de los veinticinco figuren dos frailes, estirpe de "glo-

---

10. También se puede citar aquí el informe de Vázquez-Almesto en el que se habla claramente de la codicia del gobernador Villadrando y de las demás personas de la isla que se acercaron al barco de Aguirre (*Crónicas*, p. 236).



tones, lascivos, sodomitas y envidiosos". La Chávez es otro ejemplo de la justicia de Aguirre. Honra y protege (según el novelista) a las mujeres honestas y castiga a las viciosas. Se repite, aunque en este caso de forma fatal, el episodio de juventud de Oñate, cuando él y Antón Llamoso bautizaron a dos "magdalenas" en las aguas del Olabarrieta (p. 19). El odio del protagonista para con las prostitutas es un tema que recorre toda la novela.

Llegando a este punto creo que es conveniente ocuparse de los demás personajes de la novela, víctimas y/o cómplices.

### Pedro de Ursúa

En seguida se ofrece la persona del gobernador Ursúa, jefe, adversario y primera víctima del vasco. De nuevo tiene importancia el carácter de extranjero en el destino del personaje. Otero-Aguirre le critica su origen navarro del valle del Baztán, parte "más francesa que navarra", y Martín Pérez lo llama "francés" al matarlo. En realidad Otero utiliza conocimientos recientes acerca de la casa solariega de los Ursúa, mientras que los cronistas del s. XVI dicen expresamente que el gobernador era de Pamplona. (11) Incluso habrá que pensar que hablaba euskera, ya que, según el cronista marañón Zúñiga, se fiaba de los vascos y que "no había menester guarda, donde tenía tantos vizcaínos de su banda, que á la primera palabra que en vascuence les hablase, vendrían todos a morir por él" (*Crónicas*, p. 10). El novelista no menciona este dato, contrario a su teoría.

Según las fuentes históricas, Ursúa llegó a América a los veinte años bajo la protección de su tío, el Licenciado Manuel Díaz de Armendáriz. Somete a los indios chitareros y musos y funda las ciudades de Pamplona y Tudela; es nombrado Justicia Mayor de Santa Marta y fracasa en un nuevo intento de "pacificación" de indios en la Sierra de Taitona. El cambio de olores le obliga a huir a Panamá, donde le encargan de la represión de los negros cimarrones. Ursúa soluciona el problema con un ardid: simula ser amigo del líder cimarrón Bayamo, envenena la comida de los negros y se lleva a Bayamo preso. Como compensación recibe el título de gobernador de las Omaguas y capitán general del río Maraño, "con grandes y amplios poderes para lo con-

---

11. El dato se confirma al recordar que dio el nombre de Pamplona a la primera ciudad que fundó en Nueva Granada (Colombia). Julio Caro Baroja lo define como "vasco-navarro típico", aunque en "versión aseñoritada" (citado en *Crónicas*, p. XV).



quistar, poblar y domesticar en nombre de su Majestad” (Ortiguera en *Crónicas*, p. 38).

Todos los cronistas están de acuerdo en el elogio de Ursúa, en clara oposición a Aguirre: de aproximadamente treinta y cinco años (diez menos que Aguirre), gentil hombre, gran jinete, muy diestro en todas las armas; de gran valor, prudencia, ánimo y destreza; físicamente bien proporcionado, de cara hermosa y alegre; de carácter afable, buen compañero de sus soldados a los que nunca castiga. Es imposible verificar hoy día hasta qué punto esta descripción corresponde a la realidad. Pero es significativo que Vázquez-Almesto le encuentren algunos rasgos negativos silenciados por Ortiguera, quien en general sigue la versión de estos dos marañones. Mientras que Ortiguera dice que Ursúa era inclinado a cosas de caridad, los dos soldados se contradicen. Una vez lo llaman misericordioso, pero a continuación, entre sus vicios, constatan que “usaba poco la caridad con enfermos y necesitados”, aunque desde luego, como todos, echan la culpa a la influencia de doña Inés. Aparte de ser codicioso, Ursúa —según Vázquez-Almesto— es ingrato para con los amigos y los que le habían servido; guarda rencores por mucho tiempo y descuida la gobernación y disciplina de su campo. Es enamoradizo y dado a las mujeres. Su egoísmo se hace patente al distribuir la mitad de las comidas entre él, doña Inés y su amigo Juan de Vargas, mientras algunos soldados mueren de hambre (*Crónicas*, p. 218, 208; cf. *Príncipe*, p. 138).

En efecto, de una lectura atenta de las crónicas se llega a la conclusión de que Ursúa no era ninguna “paloma” (según el ensayo de Savater), a pesar de las protestas de su bondad, por parte de los mismos cronistas. Enumeremos algunos de sus actos arbitrarios: quita sus seis mil pesos al cura Portillo y se lo lleva contra su voluntad en la expedición en la que morirá. (12). Al parecer Ursúa se comportó de igual manera con el alcalde de Santa Cruz, Montoya, al que también llevó a la fuerza en la expedición y al que hizo remar en la canoa de doña Inés. Vázquez-Almesto y su fiel Ortiguera lamentan que Ursúa no le cortara la cabeza a tiempo a Montoya (*Crónicas*, p. 275; cf. *Príncipe*, p. 132, 148, 154).

Otero Silva repite todas estas arbitrariedades, pero sin darles demasiada importancia como en el caso de Portillo, “episodio que cada uno gusta de relatar a su manera”. Más bien distribuye la culpa por partes iguales entre el cu-

---

12. Ortiguera culpa del suceso a Guzmán, de la Bandera y Casco y declara inocente a Ursúa; no así Vázquez-Almesto, Hernández, el autor anónimo y Zúñiga (*Crónicas*, p. 12, 40s., 205, 275).



ra y el gobernador. Sin embargo se solivianta contra los actos "heroicos" por los que los cronistas le elogian y el virrey le otorgó la gobernación. En la novela Zaldueño relata con orgullo y admiración la represión de los indios muertos en Nueva Granada y de los negros de Bayamo en Panamá. Igual que en el caso de la matanza de los indios pacíficos por el amigo de Ursúa, García de Arce, Aguirre (y tras él Otero) condena esta crueldad e injusticia. El novelista se podía basar en una contradicción de los cronistas. Según Vázquez-Almesto Ursúa "iba malquisto con la mayor parte del campo... porque no les dejaba robar y atar indios, y rancharlos y matarlos a diestro y siniestro". Al contrario el tono de Ortiguera es elogioso al relatar la "hazaña" de los negros que fueron echados a los perros "para que los despedazasen vivos" (*Crónicas*, p. 214, p. 35).

Desde luego, el gobernador tampoco ahorra sangre; pero la diferencia (la que al parecer contaba) estaba en que no derramaba la española, sino la de seres "inferiores", los negros e indios. El Aguirre de Otero, defensor de indios y negros, lo tiene fácil para poner el dedo en esta llaga.

### Doña Inés.

Existe unanimidad entre todos los cronistas y el escritor sobre el hecho de que la presencia de doña Inés fue rechazada por los soldados que empezaron enseguida a murmurar en contra de ella. De los textos históricos se deduce que era una mujer extremadamente bella, mestiza de padre español y madre india y pronto viuda. Como en el caso de Aguirre, el autor inventa toda una biografía acerca del personaje, comenzando por la madre Chestan, bella cortesana y hechicera. A los dieciocho años, Inés es casada por conveniencia con el canoso y rico Pedro de Arca y tiene como amante al sobrino del virrey, Francisco de Mendoza. La pronta muerte de su marido la convierte en la "viuda más bella del Perú". Aparte de éstos, Otero inventa otro personaje esencial, la india Mitaya, mucama y nodriza, de la que la joven Inés aprende la brujería y la lascivia. La sexualidad de doña Inés, aludida en las crónicas, cobra primera importancia en la novela, en la que ella es definida como "insaciable vientre".

Si Vázquez-Almesto acusan a doña Inés de ser la "causa principal de la muerte del Gobernador y nuestra total destrucción" Otero hace portavoz a los soldados que a coro la denuestan tres veces como "puta y bruja" y la acusan de ser "su ruina y perdición".



El marañón Custodio Hernández es el más explícito acerca de doña Inés; no encuentra las palabras para describir su dolor cuando le matan a su amante Ursúa. Explica que doña Inés, viéndose acosada por tantos hombres, se somete a uno de ellos para su protección, a pesar de que “se olgara que a todos los matadores de pedro de orsúa los llevara al diablo” (*Crónicas*, p. 195). El primero que se gana a la mujer es La Bandera que -siempre según Hernández- denuncia a Baltasar de Miranda y Pedro Hernández ante Guzmán y Aguirre, porque se siente molesto en el disfrute de su amor. Ambos hombres son agarrados acto seguido. Otro marañón, Zalduendo, también pretende ganar a doña Inés para sí y “no sabía que haçer para matar” a La Bandera (hecho confirmado por Vázquez- Almesto). Una vez conseguida su meta le toca a Zalduendo ser envidiado por un tal Zozaya que le denuncia ante Lope, diciendo que aquel le pensaba matar “inducido por ella” (confirmado por Zúñiga y el autor anónimo, *Crónicas*, p. 16, 277).

Otero recoge todos estos datos en su novela y añade a la lista de los hechizados por la mujer al cura Henao, cuya profesión es de lascivos según el narrador. Describe la belleza física de doña Inés con los detalles más sexuales (“anchas y duras nalgas de mestiza, pequeños senos redondos, ardorosa negrura de su sexo”) y presenta un acto de brujería, la lectura del futuro de su amante en el esperma de éste.

El Aguirre ficticio comprende claramente la necesidad de cortar por lo sano la cadena fatal de amor y muerte iniciada con el asesinato de Ursúa. Sabe que tras cada nuevo intento de traición está la mano de doña Inés que no se detendrá hasta que ninguno de los doce asesinos de Ursúa queden con vida. El narrador toma abiertamente parte en favor de su protagonista y en contra de la mujer “botín de guerra o perra caminera” (p. 221). Para que Aguirre llevara a cabo su misión la muerte de doña Inés era un acto legítimo de defensa, anticipándose el hombre a la mujer hechicera que habría terminado embrujando y matando a muchos marañones.

### **Fernando de Guzmán**

El joven Guzmán desde el principio no puede competir con Aguirre. Todos los cronistas ven en él un “mozo” y “hombre mancebo”, de aproximadamente veinticinco años (veinte menos que Aguirre) y de poca experiencia. Era sevillano de buena familia, de “ánimo reposado” y de “pocas malicias”, enemigo de crueldades. De nuevo Vázquez-Almesto añaden algún vicio a las



alabanzas de Ortiguera que puede arrojar luz sobre la fatal actuación del personaje: es algo glotón y le mueve la "ambición y codicia de mandar" (*Crónicas*, p. 214s.). El último rasgo explica que el joven Guzmán se encuentre entre los asesinos de Ursúa, ya que Aguirre le había prometido el mando en caso de quedar vacante la gobernación. Tras su elección como príncipe, Ortiguera dice que Guzmán se hizo grave, altivo y ceremonioso y se hacía celebrar como monarca en plena selva virgen. Firmaba sus cartas "Don Fernando de Guzmán, por la gracia de Dios, príncipe de Tierra Firme y Perú y gobernador de Chile". Un mozo tan inexperto que además pronto se arrepiente y quiere volver a ser buen vasallo del rey, tiene que resultar fácil presa del viejo y astuto "lobo".

Otero Silva introduce además al tío Martín Guzmán, ladrón de tumbas indias en Cartagena, del que las crónicas sólo mencionan el nombre y el hecho de retirarse antes de salir la expedición. El "gentil hombre" Fernando de los cronistas se convierte, en la novela, en "adulador y amanerado", que consigue el puesto de alférez general por sus "zalemas y lisonjas". También el Guzmán ficticio es buscador de fama y poderío y se infla su orgullo al ser nombrado príncipe y convierte su tienda de campaña en "palacio" real con maestresala, pajes, etc... La mencionada glotonería es satirizada como voracidad de buñuelos de yuca.

El novelista da un nuevo matiz a la relación tensa entre Aguirre y La Bandera. Ya en los textos históricos el último es un personaje odioso y vano, sobre todo después de haber conseguido a doña Inés y el cargo de maestre de campo. Era tan odiado que el autor anónimo comenta que su muerte a manos de Aguirre "fue negocio que caio en gracia a todo el campo". Otero Silva matiza la situación ligeramente; describe a La Bandera como más peligroso, planeando la muerte del propio Guzmán, por lo cual éste le quita el puesto de maestre de campo a Aguirre y lo da al primero para apaciguarlo. El hecho histórico de ofrecer en matrimonio a su hermano menor, Martín Guzmán, a la hija de Aguirre, Elvira, (13) es por lo tanto, motivado por remordimiento para

---

13. El personaje de Elvira de Aguirre carece de importancia como para analizarlo aquí. Aparece su nombre en dos crónicas, la del autor anónimo y la de Vázquez-Almesto (*Crónicas*, p. 276, 268). Todos dicen que era una mestiza joven y bella y de "gentil disposición", e igualmente todos afirman que Aguirre la quería más que nada en el mundo. Aparte de estos elementos generales Otero introduce citas literales en el momento de su muerte. Según el autor anónimo, Aguirre la mataba para que no fuera "colchón de vellacos" (Otero sigue a éste y no a Hernández que dice "colchón de ruín jente"). Elvira en el momento de ser apuñalada por su padre según Hernández exclamó: "basta ya padre mío", tal como ocurre en la novela. Por último el Aguirre ficticio hace callar a García Paredes con estas palabras: "Señor maese de campo, lo hice porque era mi hija, y lo pude hacer"; el autor anónimo decía: "Señor maestre de campo, nunca mejor cosa hice, que mi hija hera y pudelo hazer" (*Crónicas*, p. 279).



con el soldado valiente y no por miedo ante un rebelde sangriento. De ahí se explica su extraña pregunta en momento de su muerte: “¿Qué es esto, padre mío?”, pregunta atestiguada por Vázquez-Almesto.

Por una parte el asesinato de Ursúa y por otra el plan para dar muerte a Aguirre (es precisamente el cura Henao quien según Otero le impone cortarle la cabeza al vasco) (14) y el hecho de abandonar el objetivo de liberación del continente americano del yugo español lo hacen suficientemente culpable como para ser eliminado.

### Antón Llamoso

El personaje histórico sufre en manos de Otero Silva una transformación esencial al convertirse en ente ficticio. Los cronistas, en especial Ortiguera, lo eligen como colmo de la perversión al lado de Aguirre. Ortiguera lo denomina “el más cruel endemoniado tirano, ministro de Satanás... terrible tirano”; Hernández denuncia a Llamoso y a Francisco de Carrión, (15) los asesinos de doña Inés, como “dos grandes bellacos”. Ortiguera menciona expresamente a Llamoso como asesino de García de Arce, del comendador de Guevara, de doña Inés y de Alfonso Rodríguez en la isla Margarita.

Cuando matan al soldado Domínguez en la misma isla, se dice que Lla-

---

14. Otero Silva, quizás, se haya inspirado en Ortiguera, quien dice que Guzmán hizo mal en no cortarle la cabeza a Aguirre, cuando éste se arrojó delante de él (*Crónicas*, p. 100, 105).

15. *Crónicas*, p. 102, 197.- Hernández por equivocación llama a Carrión “Hernando” en vez de “Francisco”. Son frecuentes los errores de nombre en las crónicas, en parte favorecidos por la repetición de los mismos nombres y apellidos como Aguirre (Juan y Lope); Juan de Vargas existen por lo menos dos, tal vez incluso tres: el alférez de Ursúa, el soldado que se encuentra entre los asesinos de éste y el cronista Juan de Vargas Zapata, a no ser que coincidan los dos últimos. Precisamente este nombre siembra confusión; al darse cuenta de la coincidencia de uno de los agresores con su víctima, Vázquez-Almesto cambian el nombre en Fernando de Vargas, para luego volver al verdadero Juan (*Crónicas*, p. 215, 218). El que para Vázquez-Almesto es Juan Núñez de Guevara se llama Juan Pérez de Guevara para Ortiguera que coincide con el Juan Iñiguez de Guevara de Otero, aunque éste una 80 páginas antes, también lo llamaba Juan Núñez de Guevara (*Crónicas*, p. 77, 216; *Príncipe*, p. 234, 153). Uno de los hombres de más confianza de Aguirre, y por lo tanto más sangriento según las crónicas, se llama Martín Pérez, aunque Ortiguera le dé el nombre de Miguel en el capítulo 18. El historiador M. Serrano Sanz corrige otros errores de Vázquez-Almesto, como Juan Alvarez Cerrato por López Cerrato y Alonso Pizarro por Sancho Pizarro (es explicable la equivocación, ya que el nombre inmediatamente anterior es Pero Alonso Galeas). El cronista Juan de Vargas Zapata escribe Julio de la Bandera en la pág. 294 y corrige el error en Juan Alonso en la pág. 295.



moso se bebió los sesos de éste (Ortiguera en *Crónicas*, 81, 102, cpt. 41, 46, 51, 52). Todos coinciden en que Llamoso le era fiel a Aguirre hasta el último momento; Ortiguera mantiene que era el único, Vázquez-Almesto y el autor anónimo hablan de cinco o siete fieles.

La mencionada transformación del personaje comienza con su nacionalidad. Según Ortiguera era zapatero portugués, sin embargo, Otero hace de él un fiel amigo de juventud de Aguirre, oñatarra como éste. Para ello el autor imagina una escena de pelea entre ellos en Oñate, que terminó fraguando la indeleble amistad entre los dos y la sumisión total de Llamoso al físicamente inferior Aguirre. Incluso se refleja la relación de Don Quijote y Sancho Panza en la de estos dos personajes. Aguirre hace de hombre valiente y Quijote en su ideal de libertad y el peludo Llamoso, con aspecto de oso, de fiel seguidor Sancho. Otero ejemplifica en Llamoso una parte del carácter vasco tal como él lo concibe: absoluta fidelidad y solidaridad; en Aguirre se expresa la otra parte: la individualidad y el amor a la libertad que incluye la rebelión. Estas características del ser vasco según Otero contradicen totalmente las definiciones de los cronistas: los amigos de Aguirre “eran todos vizcainos y marineros y gente de costa y de poca honra... grandes carniceros y crueles”.

Así lo expresa Zúñiga en su romance:

“Se levantó un vizcaíno, muy peor que andaluzado” (*Crónicas*, p. 14).

Veamos al final la descripción de uno de los lamentados asesinatos cometidos por Llamoso, en la que la ironía, tan frecuente en la novela, hace desaparecer el hecho sangriento. Aguirre en la escena de la muerte del “viejo traidor”, Juan de Guevara, pide a Llamoso que ejecute al comendador:

“Antón Llamoso dióle siete tajos que no fueron bastantes para derribarlo, sacó luego su daga y se la hundió dos veces por los riñones sin que se vieran sus efectos, al fin tomólo en peso y lo lanzó al río, desde las aguas daba voces pidiendo confesión y perdón de Dios... Marfa de Arriola que hallábase a mi lado y es muy sensitiva, conmovióse de su desgracia y rezó una avemaría por la salvación de su ánima”. (*Príncipe*, p. 234s.).

### **Pedrerías de Almesto**

Por último echemos una mirada a un personaje algo secundario pero interesante. Es comprensible que el escritor haya incluido a Almesto, dejando



fuera a otros cronistas marañones, sobre todo al verdadero autor de la crónica, Francisco Vázquez, puesto que Pedrarias se ve en su crónica (robada) a sí mismo como personaje de novela. Como en el caso de todos los marañones su informe debía servir para exculpar su complicidad, por lo cual cada uno exagera su protagonismo en la caída del caudillo vasco. Un dato tan claro como quien lo mató y le cortó la cabeza, resulta así controvertido: según Vargas Zapata el recién arrepentido ex marañón Tirado le da un arcabuzazo y el capitán García de Paredes lo decapita; según Vázquez-Almesto el último le quita las armas, otros dos ex marañones lo matan y Hernández lo decapita; Ortiguera detalla más: tres soldados del fiel García le dan los primeros arcabuzazos y luego dos ex marañones lo rematan, pero no le cortan la cabeza (en impersonal) hasta que su cuerpo se halla en el real del gobernador. Hernández, cronista marañón “no poco culpable” según Almesto, informa que los soldados lo matan en contra de la orden de García y él mismo le corta la cabeza al cadáver. Otero sigue la versión de los dos últimos para denunciar la traición y la culpabilidad de su propia gente.

Almesto no sólo exagera su protagonismo en general, sino que también se introduce en situaciones novelescas, como la afable charla entre él y Ursúa la noche del asesinato de éste y su heroica defensa de él, o, al final, en la consulta que el capitán García le hace a él sobre cómo vencer a Aguirre. También son notables las denuncias que hace de sus antiguos compañeros, incluso se atribuye la facultad de aconsejar a los jueces y al rey de no “usar con ellos ninguna clemencia”. Nombra expresamente a Alfonso de Villena y a Tirado y se muestra despiadado con Aguirre, diciendo que mejor habría sido echarle a “los perros que lo comieran todo, para que su mala fama peresciera”. (16).

Otero Silva sigue a Almesto en detalles en los que otros como Vázquez y Zúñiga discrepan; según los últimos Ursúa se encontraba solo en el momento de su muerte; sin embargo, Almesto (y con él, Otero) se presentan charlando amigablemente con el gobernador, avisándole del peligro que corre. Mientras que según varios cronistas sólo cuatro soldados se fugaron en la isla Margarita, Almesto (también en la novela) se añade como quinto. Zúñiga y Vázquez dicen que no entienden por qué Aguirre salvó a Pedrarias de su venganza, ya que ejecutó al compañero que se fugó con él. El autor anónimo lo

---

16. Aguirre ha conseguido su objetivo de que al menos “la fama de las cosas y crueldades que hubiese hecho, quedaría en la memoria de los hombres para siempre... la fama del malvado Judas, para blasfemar y escupir de su nombre, como del más malo y perverso hombre que había nacido en el mundo” (*Crónicas*, p. 268).



explica por ser Almesto "buen escrivano y avia empeçado a escribir una carta para su magestad", razón confirmada en la novela como una de las posibles.

Almesto atribuye su salvación a Elvira; aunque el Aguirre oteriano diga en algún momento que tal vez nunca dirá por qué lo ahorró, queda claro para el lector que el amor de su hija Elvira por Almesto es un factor muy importante. En caso contrario no tendría ninguna razón la larga escena en la que Aguirre le pide salvar a su hija y llevársela con él. El "fanfarrón y hablador" Almesto, sin embargo, prefiere abandonar a aquella a la que poco antes debió su vida, ya que sabe que dentro de poco tendrá que comprobar su inocencia y sería peligroso tener bajo su protección precisamente a la hija del "perverso tirano".

Evidentemente tampoco Almesto está libre de toda tacha moral.

### Aguirre, Príncipe de la Libertad

Tras este análisis de los personajes principales como entes históricos, de su transformación literaria y de su culpabilidad, volvamos al protagonista para considerar un aspecto no abordado hasta ahora. Como ya se ha dicho, el título "Príncipe de la Libertad" anuncia todo un programa por parte del autor venezolano. Elige y elogia a Aguirre como héroe de su novela por ser el primero en luchar por la libertad del pueblo americano, sin excluir a los negros y los indios. Para ello Otero se basa ante todo en la carta de Aguirre al rey, de la que cita los principales pasajes y la que constituye un reto total al ingrato e injusto monarca que no arriesgó nada en la conquista del Nuevo Mundo.

Como de costumbre las contradicciones de los cronistas facilitan la interpretación del autor. Vázquez-Almesto tan pronto hacen de Ursúa defensor de los indios en contra de sus soldados como lo presentan como héroe de matanzas de indios chitareros y musos y de negros cimarrones. (17) También Orti-

---

17. Recordemos el tratamiento que los españoles daban a los indígenas según el Padre Las Casas: "acostumbraron... cuando traían perros, echarles indios que prendían, hombres y mujeres, por pasatiempo, para más embravecer a los perros, o para mayor temor imponer a los indios" (*Historias de las Indias*. Madrid BAE. 1957, p. 138).

Es interesante observar que ya en el s.XVI se levantaron voces españolas en contra de la "usurpación" de América por parte de la Corona española. En 1555 el Oidor Licenciado Pedro Mercado de Peñalosa preguntó en la Audiencia de Lima: "Es el rey pariente de guaynacaba (Huayna Cápac) o cómo tiene esta tierra?" (citado en *La ética en la conquista de América*. Madrid. C.S.I.C. 1983), p. 637.



guera confirma la carnicería de inocentes indígenas por parte de La Bandera y de García de Arce (*Crónicas*, p. 214; 83, 210 s. 222).

El Aguirre de Otero se presenta como un nuevo Las Casas al denunciar las matanzas crueles e inhumanas cometidas por Ursúa, García y La Bandera (*Príncipe*, p. 143s., 185, 236). En una carta imaginaria dirigida al rey, que sirve de “desfogue del ánimo”, (18) vimos su espanto ante el degollamiento de Atahualpa y la amputación de las manos de seiscientos indios. En el camino de Valencia a Barquisimeto Aguirre libera a cien negros de la esclavitud en las minas y las palabras con que acompaña su acción constituyen una verdadera abolición de la esclavitud (*Príncipe*, p. 313). También Vázquez Almesto relatan el hecho (hablan de quince o veinte negros), pero no le dan una interpretación tan favorable. Más bien aluden a la necesidad del caudillo de engrosar su ejército para atacar Perú.

Es lógico que Otero guarde silencio acerca de la denuncia de Munguía, según la cual Aguirre hizo matar a un indio de la expedición, al que puso un rótulo “Por servidor al Rey”; también silencia la ejecución de dos indios en la isla Margarita, recogida por Hernández, y los azotes que recibió el esclavo negro Juan Primero según Ortiguera, porque delató el plan de asesinato de Ursúa. El Aguirre oteriano ni asesina a indios y negros, ni mata “por no perder la costumbre” en contra de lo que diga Munguía (*Crónicas*, p. 182).

No hace falta repetir otra vez todas las arbitrariedades e injusticias cometidas por virreyes, oidores, gobernadores, frailes, etc... para comprender el acierto de la rebelión de Aguirre. Encontramos incluso una escena en la que Aguirre, nuevo Las Casas, defiende el “alma humana de negros e indios” contra el cura Henao, otro Sepúlveda (*Príncipe*, p. 144). Aguirre no se presenta como rebelde contra el rey desde el principio, sino que se convierte en el defensor de la libertad tras las experiencias y decepciones que sufre al chocar con la realidad americana. Aunque es cierto que, según Otero, su carácter vasco le predestinaba desde el primer momento a la rebeldía. (19). Los cro-

---

18. *Príncipe*, pp. 304ss.- Por falta de espacio no es posible analizar las citas literales tomadas de las crónicas, en las que el autor apenas introduce alguna supresión y modernización del lenguaje. Se trata (en orden cronológico) principalmente de los discursos de Aguirre y Guzmán, la carta de Aguirre al Principal Montesinos, la cédula de perdón, la carta al rey, la arenga de Aguirre a sus soldados al salir de Valencia y su discurso a los mismos al enfrentarse a García de Paredes y sus soldados y, por fin, su petición a éste de que aplace su muerte (pp. 202, 206, 230, 283, 285, 304ss. 311s., 330). Otero Silva “saquea” en estos momentos a Vázquez-Almesto igual que a Ortiguera, Zúñiga y al autor anónimo.

19. Aguirre acusa a Felipe II y a Carlos I de ingratitud y despojo de sus súbditos y estas “de-



nistas afirman que Aguirre se “desnaturó” de su rey para ir a Perú y “tiranzarlo”; el Aguirre ficticio instiga en discursos a Munguía, Guzmán y sus soldados a “conquistar Perú y convertirlo en una nación libre”. Según el vasco, el Pueblo de los Bergantines debía ser rememorado en todo el mundo por haber sido lugar del juramento de *libertad*.

Cuando se entera de la conjura de Guzmán y otros contra él, se defiende con palabras bien claras contra estos traidores “que quieren enmiendar la bandera de la libertad”, “hideputas” que sueñan con volver bajo el yugo del rey, tirano al que decreta la guerra a muerte. El verdadero documento de independencia americana, según Otero y el libertador Simón Bolívar, lo constituye la carta de Aguirre al rey.

Otero no se limita a describir a Aguirre como campeón de una libertad nunca conseguida, sino que incluye los actos de un supuesto Aguirre gobernador, si hubiese llegado a tomar el poder sobre Perú. En la isla Margarita, única posibilidad que le ofreció la historia, Aguirre depone al gobernador inepto que consiguió el puesto a través del matrimonio. A continuación destruye los instrumentos de explotación y servidumbre: manda destrozarse el rollo donde se ahorcaba a los presos; despedaza la caja real, confisca su contenido y quema las cuentas y registros para que comience una nueva era más justa. Suprime el servicio militar obligatorio, impone tributos a los ricos y sube el precio de los productos a los pobres.

En efecto, los cronistas en general relatan los mismos actos del vasco en la isla, pero sin hablar del objetivo tan justo al que Aguirre los destinaba.

Lo mismo ocurre en la novela tras la muerte de Guzmán, cuando Aguirre procura dar el empleo de capitán a hombres humildes y no a los de “mayor alcurnia”. En la Borburata manda dar garrote al usurero del pueblo, pero pone en libertad al alcalde y al alguacil mayor. La “perfidia, traición e infamia” se encuentran, por lo tanto, del lado de los que abandonan al caudillo, p.e. del mismo Munguía, y no de Aguirre.

La ironía se dirige contra los cronistas al emplear expresiones de éstos como “el cruel tirano” en momentos en que Aguirre efectúa algún acto bondadoso, como es la salvación de las imágenes religiosas durante el incendio de la iglesia de Barquisimeto.

¿Tergiversa Otero Silva la verdad en su novela?.

---

masías fueron siempre en tierras vizcaínas motivos suficientes para desnaturalarse del señor” (*Principio*, p. 206).



En ningún momento se le puede hacer convicto de falsificaciones (tal vez con la excepción de la nacionalidad de Llamoso), simplemente pone énfasis en algunos elementos, ofrece una nueva interpretación de otros y hace sutil uso de las contradicciones inherentes a los textos históricos. Aguirre se transforma así de un cruel carnicero en un hombre idealista y realista que lucha por una mejora de la vida socio-económica y política en contra de todo un sistema corrupto.

## II Lope de Aguirre visto por Arturo UsLAR-Pietri: El camino de El Dorado

UsLAR-Pietri se ocupa tempranamente del tema de El Dorado y de Aguirre. En su famosa novela *Las lanzas coloradas*, de 1931, uno de los antepasados de los Fonta participó y pereció en una expedición a El Dorado. Además, en Colombia, Germán Arciniegas publica en 1938 su biografía novelada de Jiménez de Quesada, *El caballero de El Dorado*, en la que introduce a Aguirre, "tirano y traidor":

"el ruido de los escándalos de Aguirre -tirano y traidor- se hace cada vez más preciso. Las noticias de Venezuela, al trasmontar la cordillera, se amplían y visten de colores fantásticos. En Santa Fe no se habla de otra cosa, y todo el mundo empieza a armarse. Se convoca a junta militar... El entusiasmo crece... se forma un buen ejército sin tocar un maravedí de las cajas reales. En esto llega la noticia de que el tirano ha muerto" (p. 205).

El propio UsLAR-Pietri dedica dos capítulos de sus "biografías y evocaciones", *Valores humanos*, a los buscadores de El Dorado, Francisco de Orellana y Lope de Aguirre, aunque para el último su El Dorado con el que sueña pronto será todo el Perú.

UsLAR-Pietri utiliza como fuente, casi exclusivamente, el relato de Vázquez-Almesto, (20) *la Relación verdadera... de la Jornada de Omaqua y Do-*

---

20. Se cita según las siguientes ediciones:

Arciniegas, Germán, *El caballero de El Dorado*. Madrid. Revista de Occidente, 1969.

Otero Silva, Miguel, *Lope de Aguirre. Príncipe de la libertad*. Barcelona. Seix Barral. 1982.

Sender, Ramón J., *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*. Barcelona. Bruguera. 1981.

UsLAR-Pietri, Arturo, *El camino de El Dorado*. Buenos Aires. Losada. 1967.

———, *Valores humanos*. Madrid/Caracas. Edime. 1982.



*rado*, aunque incluye datos de otras crónicas, como la anónima, desfavorable a Ursúa. Pero estos datos, únicamente aportados por aquel autor anónimo, ya son del conocimiento general en el siglo XX, como el nombre de la hija de Aguirre, el de los dos bergantines en los que bajaron por el Amazonas o la famosa frase con la que Aguirre explica el asesinato de su hija: que no fuera "colchón de bellacos".

Se atiene a la crónica de Vázquez-Almesto en todos los acontecimientos de importancia, conservando en general el orden de los mismos. Donde no lo mantiene ha introducido un cambio por la lógica del relato. Así cuando relata las aventuras de Vargas en el río en el momento en que lo encuentra de nuevo y no, como hace la crónica, anticipándolas, antes de que el protagonista de tales aventuras vuelva al escenario. Los nombres de los pueblos, las fechas y sus demás datos también coinciden, incluso el episodio en el que los marañones vagan a la deriva, sin alimentos y sin avistar pueblo alguno, hasta que llegan a Machifaro. Cita el narrador de Uslar-Pietri el octavo día como colmo del hambre y, aunque a continuación acumule otros datos como el ambiente de motín, el delirio de los enfermos etc., sin embargo, este tiempo "infinitamente largo" coincide con el tiempo de la crónica: "Pasados estos nueve días de despoblado... dimos en un pueblo de indios (Machifaro)" (p. 212).

Suceden las muertes en los lugares y fechas y en el mismo orden de la fuente. El cambio más importante, aunque de poca trascendencia para la historia, es la muerte de Salduendo, pospuesta por Uslar-Pietri hasta la llegada a la Margarita (p. 143), mientras que en la crónica Aguirre acaba con él estando aún en el río (p. 227s.).

El capítulo "El humo de los omaguas", último de la primera parte, es muy importante, porque en él termina la jornada en el río y asimismo acaba la última esperanza de encontrar El Dorado y de asentarse tranquilamente como colonos. Sin embargo, el final también significa liberarse de las fuerzas telúricas maléficas que les ha dominado en el río y respirar libremente por primera vez después de nueve meses de enclaustramiento y amenazas. Aunque pronto se verá que no habrá libertad para ellos sino que la voluntad de Aguirre los empujará a una carrera de luchas que no terminará hasta la muerte de aquél.

---

Vázquez, Francisco y Almesto, Pedrarias de, "Relación de la jornada de Pedro de Orsúa a Omagua y al Dorado", en *Lope de Aguirre. crónicas 1559-1561*, ed. por Elena Mampel González y Neus Escandell Tur. Barcelona. Ediciones Universidad de Barcelona, Editorial 7 1/2. 1981.



El capítulo tiene como fuente algunas frases lapidarias de Vázquez-Almesto:

“desde allí fué la armada por un brazo del río que va sobre mano izquierda... y esto hizo el perverso traidor por nos apartar de la noticia y poblazón de Omagua” (p. 225).

“Parescióronse aquí, sobre la mano derecha, una cordillera... Había en esta cordillera grandes humos, y divisábase algunas poblaciones á la orilla del río. Allí decían las guías que estaba Omagua y la buena tierra que siempre ellos nos habían dicho. Mandó que nadie hablase con las guías. Pasamos algo desviados por el otro brazo del río, que se iba desviando el tirano” (p. 230).

Uslar-Pietri crea una escena dramática a partir de estos escasos datos. Los marañones se encuentran en el punto más bajo física y moralmente. Es como si hubiesen entrado en un espacio sin tiempo, en un “légamo letal”. La mayoría de los hombres están enfermos y deliran; la naturaleza exuberante y misteriosa les ha vaciado la voluntad; todos menos Aguirre parecen estar bajo un hechizo que no les permite actuar. Tanto más terrible es el poder de Aguirre en esta situación:

“Todo el misterio y la fascinación de la naturaleza parece haberse refundido en su persona. Las sensaciones de temor, de desasosiego, de inquietud que habían venido recibiendo del río, de la inmensidad salvaje y enemiga, de la araña venenosa, de la enorme serpiente de agua... del indio pintarrajeado, del caimán... los delirios de la enfermedad, la presencia constante de la muerte, todo eso se encarna ahora en aquel rostro chupado” (p. 134).

Todo el letargo, la amenaza oscura, el misterio ominoso parecen por fin romperse al avistar el humo de poblaciones indias y cunde la voz de que se trata de El Dorado. Contrasta la reacción casi infantil de alegría de los hombres que creen haber llegado a su meta y al final de sus sufrimientos con el ambiente anterior. Mediante anáforas y construcciones paralelas se destaca lo cabal del momento:

“Ya les parecía tener en las manos el fabuloso reino. Ya no se acordaban del temor... Allí, al fin... estaban los Omagua, su rey cubierto de oro, sus ídolos de oro, sus ciudades de oro”.

En el drama de los marañones este es el momento de último suspenso cuando aún se puede impedir la tragedia. Pero interviene la voluntad de Aguirre que les ordena alejarse de la orilla, destruyendo así la nueva esperanza. Con el arte particular que tiene Uslar-Pietri para crear ambiente y psicología a



través de la sencilla constatación de gestos y mímica, como se verá a continuación, plasma perfectamente el estado anímico de los hombres:

“Una desesperada amargura endurecía los ojos de los hombres. Los enfermos, que se habían arrastrado hasta la borda, permanecían sin fuerzas para regresar a sus sitios... Todos callaron, pero hasta el anochecer, muchos todavía permanecían inmóviles, con los ojos fijos, clavados en la distancia” (p. 135).

Hace de coda del capítulo el relato de la llegada al mar y el abandono de los últimos esclavos indios en una isla, siguiendo en todo ello fielmente a la crónica. Foto 7 y 8

Tras los diecisiete días en el mar, apuntados por Vázquez- Almesto, toman el pueblo en la isla Margarita, después de haber prendido a las autoridades que se dejaron engañar “por codicia”, según la fuente, a los que Uslar-Pietri añade su interpretación del carácter del gobernador Villadrando: “mozo, de poca experiencia y algo tonto” (p. 145). Respecto de la huida de algunos soldados en la Margarita, Uslar-Pietri sigue la versión, exclusiva de Almesto, de que él mismo estaba entre ellos. El episodio de la bendición de las banderas en la iglesia y en el que Aguirre pisotea la baraja del rey se amplía en la novela a todo un capítulo, “La virgen, las banderas y el candil”. En este episodio se observa, además, la tendencia del autor a utilizar literalmente los diálogos de los personajes históricos. Aguirre, según la crónica, recordaba a sus hombres durante la ceremonia que:

“no les encargaba ni mandaba más que mirasen por la honra de los templos y de las mujeres, y que en lo demás, viviesen como les pareciese y en la ley que quisiesen, que á nadie le iría á la mano” (*Crónicas*, p. 244).

En la novela, Aguirre los amonesta:

“Haced y obrad como libres que sois, que fuera de respetar los templos y la honra de las mujeres... yo no le he de ir a la mano por nada. Fuera de esto tenéis libertad para ir y vivir como quisieréis” (p. 171).

El lector atento se da cuenta de que el novelista ha incluido aproximadamente todos los diálogos de la crónica en su relato y que ha transformado otros de estilo indirecto en el directo, como se ve en las citas anteriores. El mejor capítulo para comprobar esta afirmación es el último, “El farol apagado”. Poco antes de ser abandonado por todos sus hombres, el capitán Espínola le dice a Aguirre: “que no tenía razón de quejarse de ellos... que él y sus amigos traían á los más por fuerza, y que no se maravillase” (*Crónica*, p.



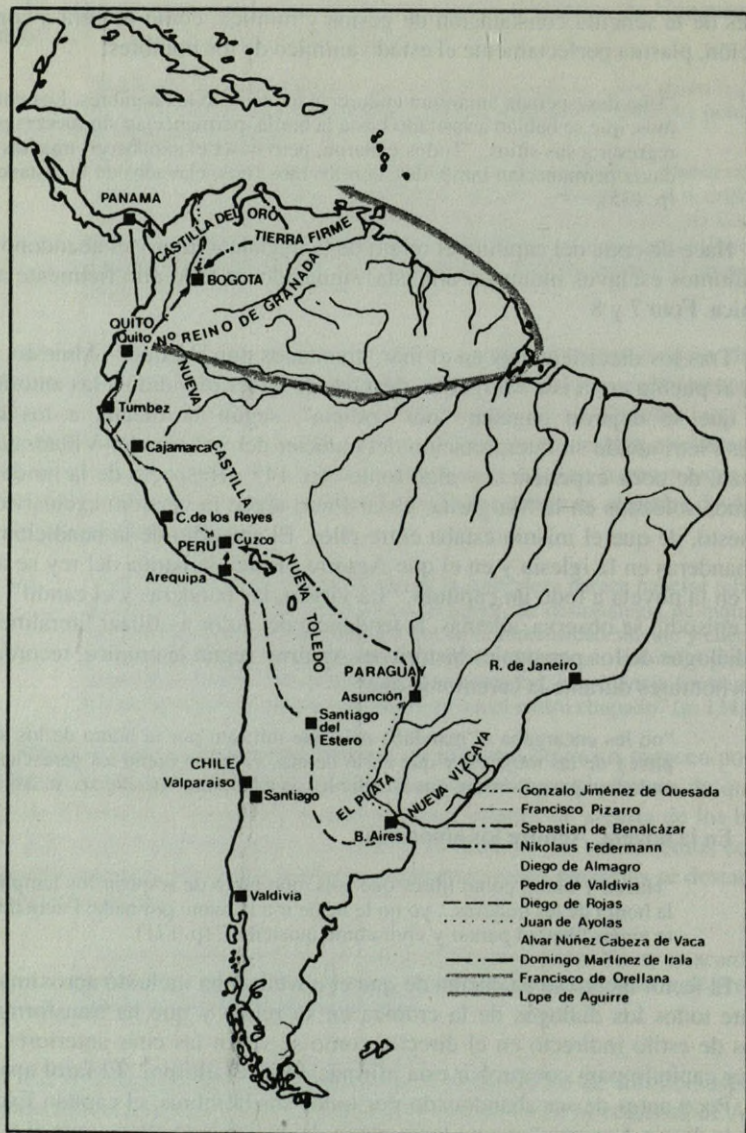


Foto 7:  
Ruta de los Marañones.



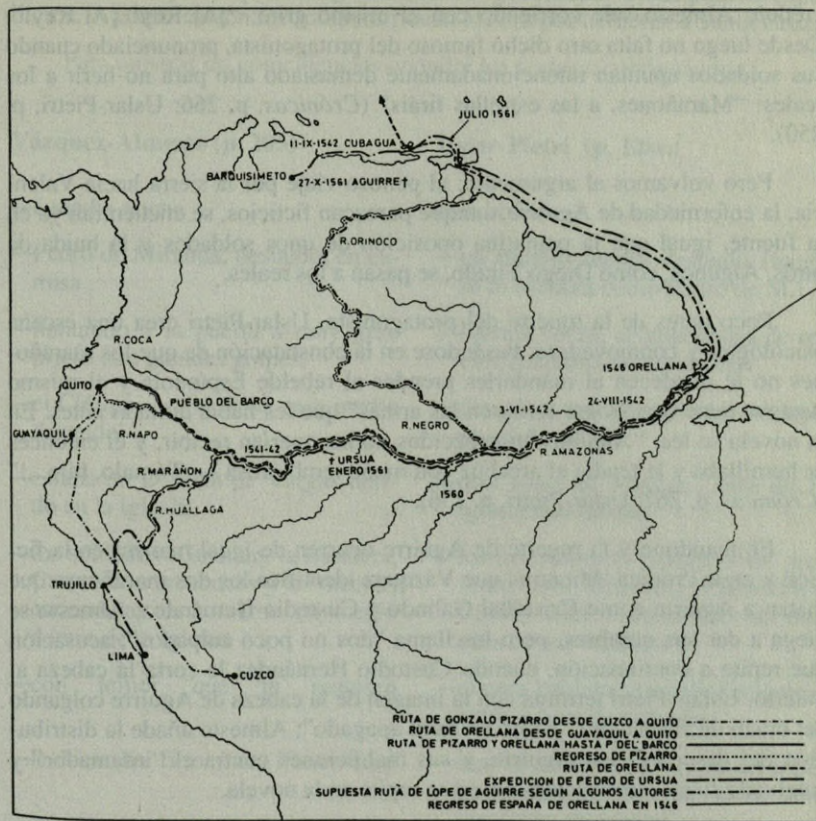


Foto 8:  
Las diferentes exploraciones por el Amazonas.

267). En la novela el mismo Espinola (sic) responde duramente a Lope “¿De qué os quejáis?... Los más que están aquí lo están por fuerza y por miedo. ¿De qué os maravilláis entonces?” (p. 255s). Cuando el vasco, casi solitario excepto por algún fiel, se dirige a Llamoso con la pregunta: “Hijo Llamoso, ¿qué os parece (desto?)”, Usilar-Pietri repite la misma pregunta y las palabras tranquilizadoras que Aguirre dirige a continuación a Almesto, retomando el



estilo arcaizante (*Crónicas*, p. 267; Uslar-Pietri, p. 257). Y naturalmente el incrédulo Almesto sale corriendo con el mismo grito: “¡Al Rey! ¡Al Rey!”. Desde luego no falta otro dicho famoso del protagonista, pronunciado cuando sus soldados apuntan intencionadamente demasiado alto para no herir a los reales: “Marañones, a las estrellas tiráis” (*Crónicas*, p. 266; Uslar-Pietri, p. 250).

Pero volvamos al argumento: el penoso viaje por la sierra hacia Valencia, la enfermedad de Aguirre, aunque parezcan ficticios, se encuentran ya en la fuente, igual que la paulatina oposición de unos soldados y la huida de otros. Algunos, como Diego Tirado, se pasan a los reales.

Poco antes de la muerte del protagonista, Uslar-Pietri crea una escena psicológica y conmovedora, basándose en la constatación de que los marañones no le obedecen al mandarles prender al rebelde Espíndola y el mismo Aguirre tiene que “rogar tomasen las armas” que les había quitado antes. En la novela se lee: “Algunos ensorbecidos no las querían recibir, y él entonces se humillaba y le tendía el arcabuz con mano temblorosa —¡Tómalo, hijo...!” (*Crónicas*, p. 267; Uslar-Pietri, p. 256).

El abandono y la muerte de Aguirre ocurren de igual manera en la ficción y en la crónica. Mientras que Vázquez identifica los dos marañones que matan a Aguirre como Cristóbal Galindo y Custodio Hernández, Almesto se niega a dar sus nombres, pero los llama “dos no poco culpados”, acusación que repite a continuación, cuando Custodio Hernández le corta la cabeza al muerto. Uslar-Pietri termina con la imagen de la cabeza de Aguirre colgando del brazo de Hernández “como un farol apagado”; Almesto añade la distribución del descuartizado Aguirre, y sus maldiciones contra el “infamador” y “malvado Judas”, maldición que no se repite en la novela.

Para concretar este breve resumen sirva de ejemplo más detallado el comienzo de la novela. Uslar-Pietri retoma casi literalmente el episodio del robo del dinero del cura Portilla, ya novelado por los cronistas Vázquez-Almesto. Ninguno de los demás autores que escribieron una novela sobre Aguirre -Ramón J. Sender, Abel Posse, Miguel Otero Silva- elaboran esta escena, ni siquiera Sender, quien sigue la crónica de Vázquez-Almesto de muy cerca. Este resume el hecho en un breve párrafo, y cambia además la situación (p. 12).

Coinciden la circunstancia y los personajes en la crónica y en la novela de Uslar-Pietri: en Moyabamba, el mulato Miranda llama de noche al cura Portillo para que tome la última confesión al herido Juan de Vargas en una iglesia en las afueras del pueblo; ahí tres hombres le obligan al cura a firmar



un documento por el que entrega su dinero al gobernador Ursúa para su expedición. A continuación los soldados llevan al cura por la fuerza a Santa Cruz.

Para mostrar las coincidencias opondré los textos a continuación:

**Vázquez-Almesto (p. 205)**

- á media noche
- Pedro de Miranda, desnudo, en camisa
- llamando á la puerta á muy gran priesa con grandes golpes
- el Clérigo... salió de su casa medio desnudo
- estaba un D. Juan de Vargas herido en la iglesia
- los soldados (Guzmán, la Bandera, Casco) con arcabuces y las mechas encendidas, le tomaron en medio dentro de la iglesia
- con temor que le matasen
- le hicieron firmar un libramiento
- habia hurtado este Clérigo estos dineros á sí propio y á su comer y vestir, tratando mal y laceradamente su persona por los ahorrar
- desnudo como estaba, sin le dejar volver á su casa ni hablar con nadie, lo hicieron subir en un caballo.

**Uslar-Pietri (p. 12ss.)**

- la noche
- un mulato medio desnudo (luego se lo nombra como Pedro de M.)
- fuertes voces, acompañadas de recios aldabonazos resonaban
- descalzo, mal envuelto en su camisa salió el fraile
- don Juan de Vargas... está en la iglesia mal herido
- los tres hombres (luego se los presenta como Guzmán, la Bandera y Casco) habían encendido las mechas de sus arcabuces
- el cura hablaba atropelladamente y entre jadeos de angustia
- uno se adelantó, teniendo un papel en la mano... “No queremos sino que firme este papel”
- decía casi sollozando... “dos mil pesos de ahorros, que a fuerza de abstinencias y trabajos he reunido”
- (dice Guzmán a Miranda): “móntalo en uno de los caballos”... el fraile, cubierto de su sola camisa, gimoteaba.



Como se ve, Uslar-Pietri sigue la crónica fielmente, no sólo en los acontecimientos principales y en los diálogos, sino también en los breves episodios. Lo que es válido para esta escena lo es también para el resto del texto.

Es verdad que éste es uno de los episodios más novelísticos de la crónica; también lo es otro, sólo incluido en la versión de Alместo, en el que el propio cronista se encuentra charlando amigablemente con el gobernador Ursúa cuando llegan los asesinos de éste y Alместo lo defiende heroicamente.

Uslar-Pietri amplía las aproximadamente 25 líneas del comienzo de la crónica a todo un capítulo. Esta ampliación se realiza por varias razones y con diferentes recursos. En primer lugar introduce diálogos que dramatizan la situación desde el triple grito de que "por Dios" se abra la puerta, a las amenazas de los tres soldados y las palabras del temeroso cura que trata de ganar tiempo. Por otro lado, hay que tener en cuenta que se trata del primer capítulo de la novela, lo cual significa que el autor está preocupado por la exposición: debe (al menos en la novela tradicional) introducir los personajes, la temática, el ambiente etc. En forma de estilo indirecto libre aporta algunos de estos datos: como si se tratase de un pensamiento del cura, tras la pregunta retórica ¿"Qué podría ser aquello?" se informa a continuación al lector de la afluencia de soldados y aventureros a Moyabamba y a su vecina Santa Cruz, para alistarse en la expedición de Ursúa a El Dorado. Por esta acumulación de hombres bravos hay riñas, cuchilladas y muertos todas las noches, ambiente que anticipa los acontecimientos de la jornada del Amazonas.

Por otra parte, como es lógico para un novelista del siglo XX, amplía la escueta crónica para dotar de psicología a sus personajes. En este episodio el interés se centra en el cura y su reacción ante el atropello. La simple constatación de la crónica de que "el Clérigo le creyó" se descompone minuciosamente en vacilaciones y sentimientos enfrentados. Los adjetivos y verbos sugieren sus diferentes estados anímicos durante el curso del episodio: se despierta "sobresaltado", "mal despabilado", quedándose "indeciso" y "temeroso"; por fin sale a abrir, permaneciendo "ya más asegurado" al ver a un solo hombre desarmado en la puerta. Sin embargo, aún no se confía y averigua más, hasta que Miranda se lo lleva por la fuerza. Una vez en la iglesia, vuelve su "confusión" de espíritu al verse amenazado por tres hombres desconocidos a los que mira "acobardado"; les contesta "atropelladamente" y entre "jadeos de angustia". Busca ganar tiempo y se "arrepiente" de su antigua "codicia" al ofrecerle dinero a Ursúa para enriquecerse y ganarse un obispado en la expedición. También los gestos y la mímica expresan su estado anímico: suda copiosamente, se pasa el brazo por la frente...



Por último una ampliación del texto histórico que tampoco altera la “verdad” de las crónicas, pero que igualmente añade nuevos matices. Me refiero a la ambientación que abre el episodio. Con igual maestría que en su anterior novela *Las lanzas coloradas* (1931) el autor sabe crear atmósfera en este relato. Miguel Angel Asturias habla en su prólogo a *Las lanzas de*

“ese nadar entre dos aguas, entre hechos y deshechos, sueños coloridos, perfumados, sonoros, táctiles... una irrealidad más real que la realidad. Del recto sentido de la palabra a lo oculto en su sonido. Y las posibles combinaciones con otras palabras, para producir nuevos campos sonoros. Eufonía y magia. Por la palabra al encantamiento. El embrujo verbal” (Salvat-Alianza, 1980).

En *El camino de El Dorado* se presenta todo el Perú a vista de pájaro en una noche “inmensa”, siguiendo el camino del viento desde la costa a la sierra, desde Lima al Cuzco y a Trujillo:

“El viento del Mar del Sur vuela en la noche inmensa sobre la costa y sube a la sierra del reino del Perú... En la densa masa de la costa y de la sierra todo está en sombras. Alguna débil luz sitúa a Lima junto a la playa que blanquea... Más arriba parpadean algunos velones del Cuzco, y leguas más allá los de Trujillo... El viento pasa a través de leguas de silencio, sombra y sueño...” Foto 9.

Predominan en la descripción lo visual y, en segundo lugar, lo acústico. El viento es antropomorfizado: vaga y tropieza, es sutil y rápido y se descuelga por las gargantas. El paisaje es majestuoso y misterioso, “vasto y desconocido”. El lenguaje es rítmico, lleno de metáforas y comparaciones, aliteraciones y onomatopeyas: “el rumoroso marero viene vagando; el viento vuela de silencio; sombra y sueño”, el “marero arrastra a veces, como una hoja en un río, alguna aullada palabra quéchua”, “el viento pasa a través de leguas de silencio”...

Este lenguaje no sólo crea ambiente, sino que también insinúa al lector el protagonismo que va a tomar la naturaleza desconocida y grandiosa en la futura aventura, al modo de la novela telúrica de los años veinte. El dominio de la naturaleza es evidente durante la primera parte y se pierde, una vez abandonada la zona amazónica. Esta subordinación del hombre a lo telúrico se expresa perfectamente en la frase que resume la expedición de Orellana: “Orellana, resbaló hasta el mar sobre el lomo de colosal serpiente de río más grande del mundo” (p. 12). Foto 10.





Foto 9:

El inca Manco II, dando la bienvenida a Francisco Pizarro; primer dibujo que se hizo del Cuzco aparecido en una obra de Cieza de León, publicada en 1554.

Resumamos: Uslar-Pietri retoma todos los acontecimientos, personajes, datos y fechas tal como los encuentra en su fuente, incluso le gusta citar los diálogos hasta literalmente. Pero amplía la crónica principalmente por tres medios: introduce diálogos para poner los acontecimientos en escena, interpreta los hechos psicológicamente y crea ambiente "real-maravilloso". Ninguno de estos elementos contradice la "verdad" histórica, sino que resaltan detalles y acentúan aspectos. Pero es cierto que la mayoría de los autores, con





Foto 10:  
Marcha de los españoles en busca de Eldorado (dibujo de la época).

la excepción de Abel Posse, se ciñen estrechamente a las fuentes y, sin embargo, llegan a conclusiones diametralmente opuestas.

Es obvio que las crónicas pueden ser leídas de distinta manera, si se tiene en cuenta quiénes fueron sus autores: todos ellos defensores del poder real, acusados ellos mismos de rebeldía, enemigos del personaje sobre el que versan sus informes. Otero Silva, de la línea aguirrista, no fue el primero en defender al vasco. Ya en 1941 Germán Burmester lo retrata como "libertador", mártir de la independencia americana en *Lope de Aguirre y la jornada de los marañones*. Otero presenta a Lope como defensor de indios y negros, abolicionista de la esclavitud y primer hombre verdaderamente americano. Recoge para ello algunos datos que no son mencionados por Uslar-Pietri, como su servicio con el gobernador Pedro de Heredia, famoso por sus profanaciones de tumbas indias en busca de oro. Como en el episodio de Potosí (los malos tratos infligidos por el juez Esquivel) no es claro si se trata del mismo personaje, puesto que se registra su pasaje a Indias en el catálogo de pasajeros de 1539, mientras que la violación de las tumbas en Cartagena de Indias tuvo lu-



gar cinco años antes, ¿Habría vuelto a España para embarcarse de nuevo? Por otro lado la fecha de 1534 sería demasiado temprana si es verdad que en 1561, al escribir su famosa carta a Felipe II, había servido al Rey “en veinticuatro años”. Foto 11.

En efecto, la aventura de Aguirre pertenece más a la leyenda que a la historia, como se comprueba con la lectura del último libro sobre él, *Lope de Aguirre* (1987), publicado por la editorial Historia 16 en la serie “Protagonistas de América”; no arroja ninguna nueva luz sobre el personaje, sino que soluciona las dudas “por vías de suposición” (p. 75).

Será difícil avanzar algún paso mientras que no se den a conocer nuevos documentos. Por ello es legítimo que cada escritor haya hecho su interpretación de los escuetos datos, debiéndose ésta mucho a la actitud política, la imaginación e influencia freudiana del autor. Sin querer entrar en una detallada comparación de la posición de los autores hacia los personajes, quisiera establecer algún ejemplo paradigmático, el de Inés de Atienza, la bella amante mestiza de Ursúa. Las crónicas suelen tratarla con cierta dureza, echándole la culpa por el desinterés de Ursúa en las cosas de la expedición: “no gobernaba sino con Doña Inés”; algunos incluso dicen que Ursúa estuvo hechizado por ella: “la mayor parte del campo, que eran ruines y mal intencionados (decían de ella) le había hechizado” (*Crónicas*, p. 214).

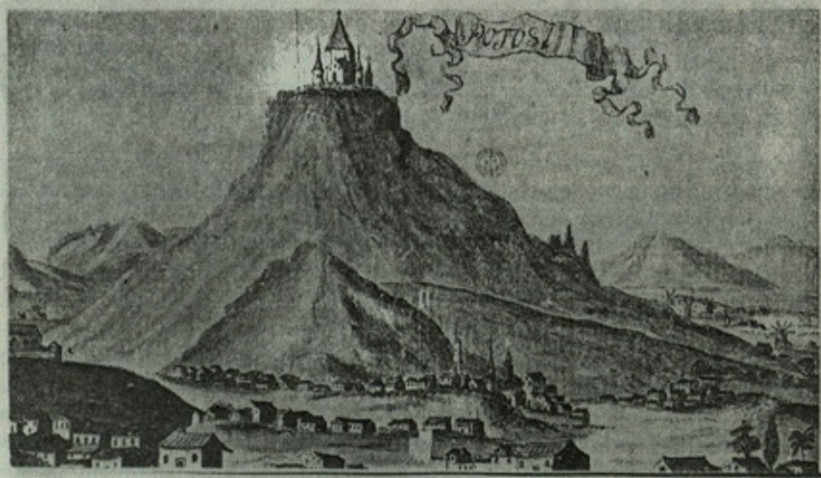


Foto 11:

Vista del Cerro de Potosí. Estampa del siglo XVIII (Biblioteca Nacional de París).



Uslar-Pietri es el novelista que la retrata más favorablemente. Dicho sea de paso, extraña que su libertad, valentía y ánimo vengador aún no haya inspirado ninguna reivindicación del personaje femenino en nuestro siglo. Uslar-Pietri la introduce con un aire festivo y de expectativa. En vez de una vampiresa, bella y perversa, nos presenta a una joven “temerosa y acogedora”, con algo de efebo, desasosegada por las miradas procaces de los aventureros. Su amor al jefe de la expedición es puro como el de una adolescente sin experiencia (en realidad era viuda y se decía que había tenido relaciones con un pariente del Marqués de Cañete, antes de morir su marido); conmovida por el quejido de una flauta india se atemoriza con premoniciones. Su presencia es muy discreta durante todo el recorrido por el río y desaparece por completo tras la muerte de Ursúa. Antes de morir vuelve una sola vez al escenario, orando en compañía de María de Soto, a la que se ejecutará junto a ella. El lector ha de concluir las posibles relaciones mantenidas con La Bandera y Salduendo del hecho de que estos dos la vigilaban celosamente y que eran “hombres de pasiones, codicias y acciones sueltas e incontroladas” (p. 33). En una visión premonitoria con huellas freudianas, Pedrarias ve a los dos perseguir a Inés. Tras tanta advertencia trágica sólo la volvemos a encontrar el día de su muerte; arrodillada, entregada a la oración, Llamoso la cose a puñaladas, desfigurándola bestialmente. Pero como si de una Santa se tratase (por ejemplo Santa Rosa de Lima), vence a su feroz asesino post-mortem: un pequeño pomo suyo se derrama en las manazas de Llamoso y despide un perfume “como la presencia de una gracia invisible” que deja conmovido hasta esta fiera.

Será imposible encontrar una imagen de Inés más alejada de la anterior que la que ofrece Otero Silva en su *Lope de Aguirre*. Igual que con el protagonista, inventa una escena del pasado para explicar el carácter actual de su personaje. La madre de Inés, una belleza indígena del norte del Perú, iniciadora del Príncipe Huáscar en los placeres sexuales, causa de esta forma su perdición, siendo acuchillado con sus concubinas por la mano de su hermanastro Atahualpa.

La mestiza Inés no es fruto de aquél encuentro regio, sino de otro con el conquistador Blas de Atienza, quien la engendró en la cuarentona Chestan, que guardaba su hermosura y su encanto hasta en esta edad. El pasado de concubina lujuriosa y hechicera de la madre que lleva a la perdición a todo un imperio sirve de augurio para la hija. Toda esta parte acerca de la madre e Inés y sus relaciones sensuales con Huáscar y Ursúa (pp. 105-113) se narra desde una voz anónima que se dirige con el apóstrofe “tu” a Inés, sin interrumpir su discurso por punto alguno, recurso que se repite en el “Epílogo” con Aguirre (pp. 343ss.) para enhebrar todas las leyendas que circulan sobre él.



Si Uslar-Pietri nos presenta a una joven Inés, tímida que expira casi como una Santa, Otero Silva se complace en evocar la sensualidad corruptora de Inés ("muslos torneados, nalgas retadoras, arderosa negrura de su sexo") quien ya a los catorce años empujó a su primer hombre a suicidarse por ella. La india Mitaya, al estilo de la nodriza de la Julieta shakespeariana, vela sobre sus placeres y le lleva al sobrino del Marqués de Cañete para que disfrute mayores amores que los conyugales. La inicia en la lascivia y brujería que hechizarán a Ursúa y que serán la perdición de los dos. Desde su llegada al campamento embruja a los que serán más tarde sus admiradores y amantes: Salduendo, La Bandera, Miranda, Pedro Hernández y -no podía faltar- el cura Henao. Los únicos que no caen en la trampa amorosa serán el glotón Guzmán y Aguirre; éste ostentadamente alza los ojos al cielo para evitar a Inés. No sorprende que otro autor, Abel Posse, lo hiciera sacrificar a Inés "por amor" y el mismo Aguirre de Otero, una vez muerta su enemiga, exclama: "te amo mi muerta Inés" (p. 224).

Si la inocente Inés de Uslar-Pietri se estremece por las premoniciones de una quejosa flauta india, la lasciva adúltera de Otero es sacudida por la visión del futuro que deduce del esperma de su amante; y si en la novela de Uslar-Pietri es Pedrarias el que ve a los rijosos Salduendo y La Bandera perseguir a Inés, aquí la misma Inés les ve acecharla en el esperma de Ursúa. Lógicamente, Otero hace hincapié en su aspecto de corruptora y provocadora de lujuria y sólo Aguirre "sospecha de tus íntimas intenciones, Inés" (p. 187). No sólo instiga la lujuria en los hombres, sino también la pelea y el asesinato; la Bandera hace ejecutar a Pedro de Miranda y Pedro Hernández con el pretexto de que son rebeldes, cuando en realidad se siente molesto por la envidia de los dos; más tarde le tocará a la Bandera ser envidiado y traicionado etc. De esta manera Inés pasa de mano en mano como "un botín de guerra o una perra caminera" (p. 221).

Aguirre (y tras él su demiurgo Otero) comprende que detrás de las envidias, rebeldías y muertes está la mano de Inés, vengadora del asesinato de su amante. Es por autodefensa y por salvar la misión que se ha asignado -traer la libertad a América- por lo que Aguirre debe matar a Inés. En segundo lugar se explica su muerte por el odio del vasco hacia las mujeres venales; impresionada la escena en la que todos los soldados pasan como coro delante de la tienda, en que Inés yace abrazada al cadáver de Ursúa, increpándola como "¡Putas, mil veces putas!... ¡Putas asquerosas y malvadas! ¡Grandísima puta desvergonzada!" (p. 167).

En un texto, inocente y Santa; en otro, puta y lasciva —¿dónde estará la verdad?

Desde luego el protagonista, Lope, se salva todavía menos de las contradicciones. Sin reparar en la novela de Abel Posse, *Daimón*, en la que el es-



pectro de Aguirre sigue luchando de siglo en siglo hasta morir (probablemente) en nuestra época, los restantes tres autores principales, UsLAR-Pietri, Sender y Otero Silva interpretan su carácter y papel histórico de muy distinta manera. Cronológicamente el primero, UsLAR-Pietri, ve en Aguirre a un "gran malvado" (21), sin negarle cierto "heroísmo" dentro de su criminalidad: el amor a su hija (Abel Posse lo degrada a una relación incestuosa entre padre e hija), los esfuerzos sobrehumanos que sabe sufrir por su ideal y su valor al enfrentar la muerte. Pero principalmente es el sanguinario "cojo" o "cojitranco" como se le suele motejar, que aterroriza a los que guardan un resto de dignidad. Sin embargo, es interesante que el propio novelista relativiza la imagen de Aguirre transmitida por los cronistas. Constata que los soldados que se pasaron al Prior con Munguía, autor de una crónica sobre Aguirre, intentaban justificarse, pintándolo:

"con primitivos y burdos rasgos como un monstruo que los había dominado por el terror y que ejercía sobre todos una especie de fascinación paralizante" (p. 196).

UsLAR-Pietri niega que se pueda considerar el acta de desnaturalización como el primer acto de la libertad hispanoamericana según la opinión de Simón Bolívar. En esta acta no se constatan los principios de gobierno democrático, de igualdad y de respeto a los derechos humanos, sino que Aguirre es un simple rebelde contra las leyes de Indias que impedían la total esclavización de los indígenas.

También en el relato de Ramón J. Sender, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* encontramos a un hombre malvado. Como explicaré a continuación, el Lope senderiano es un resentido nato: envidia y odia a los hombres físicamente agraciados y triunfadores en la vida. Su nombre "lupus" (otxoa) y la loba negra de las armas de los Aguirre son toda una premonición del carácter de nuestro "héroe": instiga la discordia y estimula la agresión; es irascible y sospecha de todos; procura mandar mediante el terror, haciendo ejecutar a inocentes para atemorizar a posibles rebeldes; en fin, es un megalómano sanguinario que hace exterminar a los enfermos y débiles.

Por último, la imagen del Aguirre de Otero Silva, que coincide con la ofrecida por otro escritor hispanoamericano, el uruguayo Eduardo Galeano, en una de sus viñetas de *Memorias del fuego*. I. *Los nacimientos*. No será casualidad que ambos autores son hispanoamericanos con ideas socialistas. Am-

---

21. A. UsLAR-Pietri, *Valores humanos*, p. 106.



bos hacen del vasco un defensor de los indios contra las injusticias y los atropellos de los españoles y contra un rey ingrato. Es lógico que ambos incluyen las partes más importantes de la carta reivindicadora de Lope a Felipe II. En vez de un megalómano sanguinario. Otero nos presenta a un revolucionario con visiones de un sistema socio-político igualitario, en el que conviven todas las razas con los mismos derechos.

“Hiena... carnicero... perverso tirano” o “precursor de la independencia americana”, ¿quién solucionará el enigma?

### III. Un ejemplo de recepción literaria:

#### Lope de Aguirre recreado por Ramón J. Sender y Miguel Otero Silva.

Ya antes de 1967, año de la publicación de la obra de Hans Robert Jauss, *La literatura como provocación*, “manifiesto” de la teoría de la recepción alemana, se había hablado de la obra literaria como objeto variable en la conciencia del lector. Por ejemplo, el crítico Jan Mukarovsky, de la Escuela de Praga, afirmaba que toda obra literaria presenta dos aspectos: por un lado, un aspecto material de “artefacto invariable”, por otro, un aspecto de objeto estético, variable según los conocimientos y gustos literarios de cada lector. También la escuela hermenéutica se ha preguntado por el papel del lector en el proceso de la recepción. Según Román Ingarden, la obra literaria no corresponde a nada en la realidad, por lo que consiste en meras “estructuras esquemáticas indeterminadas”, las cuales deben ser “concretadas” por el lector. Es decir, que cada lector llena los “momentos indeterminados” del texto durante la lectura según su propia experiencia literaria (*Das literarische Kunstwerk*, 1931).

Tampoco olvidemos las aportaciones de la crítica sociológica a la misma teoría, aportaciones basadas principalmente en el estudio de grupos sociales de lectores (según su formación cultural, edad, sexo etc.) y su manera de “recibir” un determinado texto. Esta idea de la historicidad del texto y de su recepción, es decir, su variabilidad según los receptores, las épocas y las circunstancias, ha sido expresada también por los mismos escritores. Jorge Luis Borges, en un ensayo de 1951, “Kafka y sus precursores”, no sólo ha reconocido la nueva producción de significados en obras posteriores, sino incluso ve un efecto de éstas sobre textos anteriores:

“El poema *Fears and Scruples* de Robert Browning profetiza la obra de Kafka, pero nuestra lectura de Kafka afina y desvía sensiblemente nuestra



lectura del poema. Browning no lo leía como ahora nosotros lo leemos. En el vocabulario crítico, la palabra *precursor* es indispensable, pero habría de tratar de purificarla de toda connotación de polémica o de rivalidad. El hecho es que cada escritor *crea* a sus precursores" (*Otras inquisiciones*).

El crítico Gérard Genette confirma y explica estas ideas de Borges en su ensayo sobre el escritor argentino, "L'Utopie littéraire": el tiempo de la lectura no es cronológico sino "reversible" por lo que Cervantes y Kafka son contemporáneos para la experiencia del lector. El último significado de los textos lo da el lector:

"un livre n'est pas un sens tout fait... c'est une réserve de formes qui attendent leur sens" (*Figures*, 1966, p. 131s.).

También otros autores como Valéry, Paz, Cortázar etc. reconocen en el lector un co-autor, co-productor de significados.

En este estudio sobre Lope de Aguirre me propongo mostrar que un texto literario no es algo fijo, sino que se reproduce en sus lectores de distinta manera. A este efecto poco importa que Lope de Aguirre fuera alguna vez un personaje real. Ello no disminuye la labor de historiadores y etnólogos por encontrar la "verdad" acerca de aquella expedición por el Amazonas y acerca de sus protagonistas principales. Sin embargo, lo que en este trabajo me ocupa es la recepción literaria de aquella figura, que está en el centro de obras literarias, desde las crónicas, contemporáneas con el hecho, hasta nuestros días. Para unos Lope ha sido "infamado por sus contemporáneos, cuyos juicios, acusaciones y embustes, han sido acogidos, sin examen, por la posterioridad". Para otros, como Emiliano Jos, Lope era un hombre resentido y amargado "más bien por su fealdad y mal tipo, por su cojera, y sobre todo, por su poca suerte en el Perú". (22)

Pío Baroja se rebela por su parte contra esta interpretación:

"llamar resentido al que no se considera bien pagado en sus servicios es notoria impropiedad". Sin embargo, también él piensa que Aguirre fue loco, a pesar de que en las *Inquietudes de Shanti Andia* lo defendiera: "A pesar de sus crímenes y sus atrocidades, Aguirre, el loco, me era casi simpático".

No se ha llegado a una apreciación unívoca del personaje ni por parte de los historiadores ni por parte de los escritores. Un poeta contemporáneo de

---

22. E. Jos, *Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre, el Peregrino*. Sevilla. 1950, p. 38s.



Lope, Alonso de Ercilla, lo compara a los "inclementes Nerón y Herodes" en su famoso poema épico *La Araucana* (Canto 36). También Arturo UsLAR-Pietri lo denuncia como "una de las figuras más sangrientas... extraordinaria en el mal" (23), mientras que su compatriota Miguel Otero Silva reivindica al mismo personaje en su novela *Lope de Aguirre, Príncipe de la Libertad* (1979), tal como promete el título. (24)

¿Cómo es posible que de la condena total por unos críticos (y cronistas contemporáneos) se pase a la defensa ilimitada del mismo personaje? La explicación tiene que buscarse ante todo en dos causas: primero en las contradicciones y ambigüedades inherentes a las fuentes (las crónicas del siglo XVI) y, segundo, en el cambio de ideas de las respectivas épocas y autores acerca del mismo fenómeno. La actual lucha de los pueblos hispanoamericanos por su libertad cultural, económica y política hace que muchos de ellos vean en Lope al primer americano rebelde contra el opresor extranjero, el rey de España en aquél entonces.

Para ilustrar dos recepciones contrarias he elegido a un autor venezolano, el antes citado Otero Silva, y a otro español, Ramón J. Sender y su novela *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (1964) (25). Pero antes de comenzar la comparación entre las dos obras quisiera introducir una breve reflexión sobre las fuentes que sirvieron a ambos autores, las crónicas del siglo XVI. Con mucha razón José Miguel Oviedo se refiere a ellas como un conjunto heterogéneo:

"designa desde una breve relación de un viaje de exploración hasta las grandes recopilaciones del proceso histórico de la conquista española y de la realidad física y cultural indígena". (26)

Su veracidad difiere de caso en caso. Como bien se sabe, Bernal Díaz escribió su historia "verdadera" sobre la conquista de México en contra de la

23. A. UsLAR-Pietri, *Valores humanos* p. 106.

24. Se cita según las siguientes ediciones: Miguel Otero Silva, *Lope de Aguirre, Príncipe de la libertad*. Barcelona. Seix Barral. 1982.- Ramón J. Sender, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*. Barcelona. Bruguera. 1981.- Los distintos críticos citan diferentes fechas de publicación de la novela de Sender: Bruguera el año 1968; Santos Sanz Villanueva en su *Historia de la literatura Española* (correctamente) el año 1964; Mampel González y Escandell Tur dan el año 1962; J. Caro Baroja en *El inquisidor...* el año 1967...

25. No haré ninguna referencia al libro de Francisco Carrasquer, *Imán y la novela histórica de Sender*. London. Tamesis Books. 1970, a pesar de que trate la novela de Sender como "histórica" en un capítulo (págs. 182-204). No aduce en ningún momento documentos concretos, p.e. las crónicas, las cartas del mismo Aguirre o la novela de UsLAR-Pietri, escrita en 1947.

26. *La Edad del Oro*. Tusquets. 1986, p. 37.



presentada por Gómara y, de paso, corrige muchas afirmaciones que hace el "héroe" de Gómara, Hernán Cortés, en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Vargas Llosa habla por ello con acierto de una inextricable mezcla de historia y literatura, verdad y mentira, realidad y ficción:

"La delgada línea de demarcación que las separa está continuamente evaporándose para que ambos mundos se confundan en una totalidad que es tanto más seductora cuanto más ambigua". (27)

Se observa que todas las crónicas, a pesar de las numerosas contradicciones, tienen en común su lealtad (verdadera o fingida) para con el rey. No puede extrañar este hecho, puesto que sobre varios de los cronistas, precisamente los ex "marañones" Pedro de Monguía, Gonzalo de Zúñiga, Custodio Hernández, Juan de Vargas Zapata, Francisco Vázquez y Pedrarias de Alместo pendía la amenaza de muerte por traición a la Corona. Todos ellos participaron en la defección al rey firmando la carta de "desnaturalización", acto inaudito en el siglo XVI (a pesar de las rebeldías de los Pizarro y Almagro). Sobre todo Custodio Hernández, acusado por otros cronistas como Alместo y Aguilar de estar "bien prendado y culpado en esta tiranía... y harto amigo (de Lope)" (*Crónicas*, p. 339) arriesgaba su cabeza si no disculpaba su participación en la aventura. ¿Y qué forma más sencilla de disculpa que la de culpar a otros, en concreto el "tirano y demonio" Aguirre?. Aunque no se sepa nada seguro sobre la suerte de Hernández, de otros se sabe que no les sirvió el perdón extendido por el gobernador: Llamoso y Diego Tirado fueron ejecutados, y se supone que muy pocos sobrevivieron tras la orden del rey de que ninguno de los marañones "quedase en Indias ni fuese enviado acá". (28)

Más claramente aún se observa la sumisión al interés real en otro cronista, nada implicado en la expedición y la "desnaturalización", a saber, el historiador Toribio de Ortiguera, quien dirige su obra directamente al "Felicísimo Don Felipe III, Príncipe, Nuestro Señor". Expresa su servilismo a lo largo de su relato:

"ni en la imaginación no es justo que haya quien se atreva hacer contra su rey y señor natural, ni contra la autoridad de sus ministros; sino que con toda llaneza y lealtad se sujete á sus leyes y mandamientos" (*Crónicas*, p. 79).

27. *Id.*, p. 14.

28. Cf. Juan de Vargas Zapata, "la gente que quedó del tirano, parte della, llevaron a Santo Domingo; y parte dellos ahorcaron allí... todos se han deshecho y muerto malas muertes", *Crónicas*, p. 299.



Globalmente hablando, las dos novelas no difieren mucho en su material: ambas relatan las preparaciones de la expedición, recuperan el pasado de Lope en el curso del texto, en ambos casos mediante informes imaginarios que sirven de "desfogue" al personaje. Narran las principales aventuras de la expedición amazónica: el asesinato del jefe Ursúa; la proclamación de Guzmán como nuevo gobernador y su posterior muerte a manos de Aguirre y de algunos incondicionales suyos; las demás peripecias y muertes en el Amazonas hasta llegar a la isla Margarita; la toma de ésta y nuevas traiciones y muertes hasta que el protagonista, abandonado por todos, mata a su hija para que no sirviera de "colchón de bellacos". Finalmente Lope muere a manos de sus propios marañones. Foto 12

A pesar de la uniformidad del material los dos autores lo enfocan desde distintos puntos de vista y ponen el acento en diferentes elementos y momentos. Mientras que Sender, por ejemplo, menciona su juventud y sus padres de paso, Otero introduce diez escenas en España que presentan algún rasgo del protagonista: la insubordinación heredada del abuelo, el espíritu vengativo, el amor, la amistad etc. Introduce así, sin intervención del narrador, rasgos del carácter de Lope que vuelven a aparecer a lo largo del texto, mientras que en la novela de Sender el narrador interviene para introducir detalles del protagonista y los demás personajes. La obra de Sender, con respecto hacia el personaje histórico, es mucho más tradicional que la de Otero, aunque ello no quiere decir que la de éste sea más verídica. Al contrario, el narrador senderriano, a pesar del punto de vista omnisciente en tercera persona y de sus intervenciones en primera persona del singular y plural del tipo "como dije antes", espiritualmente se acerca más al cronista "impasible" afanoso de detalles etnológicos y geográficos, mientras que el prejuicio del narrador oteriano en favor de su héroe resulta obvio desde el primer momento.

Pero, volviendo a la forma, no cabe duda de que la novela del venezolano es mucho más rica, por variada, que la del español; igualmente es claro que aquél ha estudiado e incluido más fuentes en su ficción que éste. Otero mismo habla de "ciento ochenta y ocho autores diferentes" y, en efecto, sus citas suelen ser de variada procedencia, ante todo de Vázquez y Almesto, Zúñiga, Hernández, Ortiguera y el autor anónimo. Sender se basa casi exclusivamente en Vázquez-Almesto, aparte de Emiliano Jos, al que cita en la página 184, en Fray Gaspar de Carvajal en lo referente a la expedición anterior de Orellana y amplía elementos de la novela de Uslar-Pietri como el paje Antónico, el papel de los negros y el episodio de Sancho Rodríguez.

Se ha afirmado arriba que el material utilizado por ambos escritores es



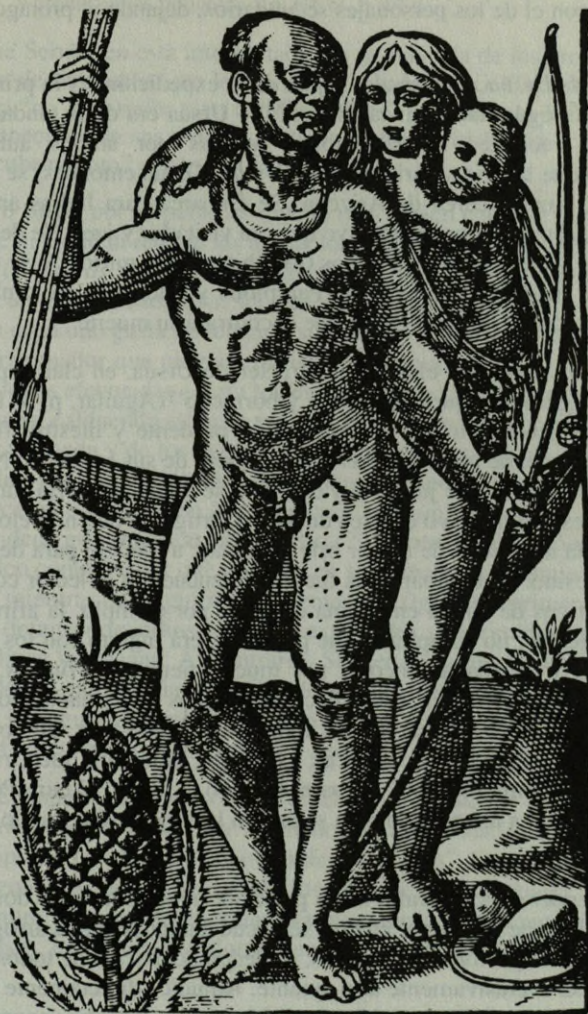


Foto 12:  
Familia india del Brasil. En "Histoire d'un voyage fait en terre du Brésil",  
de Jean de Léry. La Rochelle, 1578.



parecido, por lo tanto la diferencia se encuentra en la distinta actitud de los autores. Es en el análisis de los personajes donde mejor se detecta ésta. Comencemos con el de los personajes secundarios, dejando al protagonista para el final.

*Pedro de Ursúa*, gobernador y jefe de la expedición, es la primera víctima de Lope. Según los cronistas del s. XVI Ursúa era de la ciudad de Pamplona, pero recientes investigaciones (usadas por ambos autores) han demostrado que la casa solariega de los Ursúa (Orsúa entonces) se hallaba en el valle del Baztán, cerca de Arizcun. Se embarca para Indias antes de los veinte años, apoyado por un tío suyo que era visitador y juez. Se destaca en la represión de sublevaciones de indios (los chitareros y musos) y de negros (en Panamá); es fundador de ciudades (Pamplona y Tudela en Colombia) y jefe de la expedición a El Dorado en la que encontrará su muerte.

Todos los cronistas elogian el carácter de Ursúa, en clara oposición al del traidor Aguirre, "lujurioso, glotón y borracho" (Aguilar, p. 341). Lo describen como gentil hombre, de gran valor, prudente y diestro, físicamente atractivo y alegre, de buen carácter y compañero de sus soldados. No hay posibilidad de verificar este juicio hoy día, pero se sospecha cierta sumisión a la autoridad y es significativo que sea de nuevo Ortiguera quien lo elogie más y, sobre todo, la necesidad de elevar este personaje a modelo para denigrar aún más a su asesino. Al comparar las fuentes se encuentra el lector con algunos rasgos negativos de Ursúa en alguna de ellas, por ejemplo, la afirmación de que era codicioso, no cumplía lo que prometía, era ingrato con los que le habían servido y guardaba rencores por mucho tiempo (*Crónicas*, p. 218 y Aguilar, p. 268). Pero todos echan la culpa de estos a su amante, doña Inés de Atienza, de la que "se pegaron" a Ursúa y con quien "iba tan embelecido" (*id.*). El lector atento de las crónicas, en efecto, concluirá que Ursúa no era del todo una víctima inocente. Al parecer quitó el dinero al cura Portillo y al alcalde Montoya, a los que obligó a seguir en la expedición cuando ellos querían retraerse.

Para Sender el gobernador no es perfecto; tiene sobre todo dos defectos: su excesiva idea de sí mismo, incluso se puede hablar de cierta arrogancia y, a partir de la participación de doña Inés, su despreocupación de todos y de todo para dedicarse exclusivamente a su amante. Adjudica directamente a esta mala influencia la injusticia cometida contra Montoya: el macho sexualmente satisfecho es insolente con los demás. Ursúa antes

"usaba mucha buena crianza con soldados y civiles, empleando más tole-



rancia que rigor, pero en cuanto entraron en el Amazonas cambió de condición y era desabrido, malcarado, taciturno con sus amigos y desenfadado y cruel con los dolientes" (p. 69; cf. p. 102).

Sigue Sender en esta interpretación a la mayoría de los cronistas (con la excepción de Ortiguera, que le disculpa del todo). Dice Custodio Hernández que Ursúa "no gobernaba sino con Doña Inés" y confirman Vázquez-Almesto: "embebecido" de sus amores, el gobernador olvidaba las "causas de guerra y descubrimiento" (*Crónicas*, p. 193, 214).

Otero Silva, por su parte, es mucho más crítico con este personaje, a pesar de que ni siquiera retome las acusaciones que hace pesar contra él el autor anónimo (*Crónicas*, p. 275). Otero menciona las ambiguas historias del cura Portillo y del alcalde Montoya, sin darles demasiada importancia por ser "episodio que cada uno gusta de relatar a su manera". Pero se rebela contra acciones del gobernador que ningún cronista, ni tampoco Sender, critica, a saber, las represiones efectuadas contra los indios y los negros cimarrones. En la novela oteriana Zalduendo expresa su admiración por la matanza de los indios en Nueva Granada y de los negros de Bayamo en Panamá, al igual que por la de los indios pacíficos en la isla García, realizada por el amigo de Ursúa, García de Arce, al comienzo de la expedición amazónica. Aguirre, portavoz del autor, condena esta innecesaria crueldad.<sup>29</sup> Foto 13. Otero Silva ve en Ursúa al típico conquistador que no duda de su derecho al dominio de seres "inferiores", mientras que Aguirre representaría la figura del primer libertador de América, defensor de indios y negros, explotados y reprimidos, todo ello dentro de la línea lascasiana. Al contrario, Sender ni siquiera menciona la farsa empleada por Ursúa para apoderarse del líder cimarrón Bayamo y llevarlo a su segura ejecución, sino que incluso parece admirar al gobernador que "con fuerzas inferiores le venció y apresó al rey negro Bayamo" (p. 5).

La segunda víctima importante es el joven *Fernando de Guzmán*, sucesor del gobernador Ursúa. Era sevillano, de aproximadamente 25 años, de "ánimo reposado, virtuoso y enemigo de crueldades". Esta descripción positiva de Vázquez-Almesto es repetida literalmente por Ortiguera, quien, como de costumbre, suprime la continuación acusadora de los autores anteriores: "Fuera desto, era vicioso y glotón, amigo de comer y beber" (*Crónicas*, p.

---

29. Cf. la acumulación de citas sobre el carácter de Lope, p. 250ss. Para dos estudios detallados sobre la novela de Otero Silva, véase Jorge A. Marban, "Transfiguración histórica y creación literaria en el *Lope de Aguirre* de Otero Silva", *Revista Iberoamericana*, n.º 130/1, enero/junio 1985, p. 273-82; Rita Gnutzmann, "Miguel Otero Silva: Aguirre, la reivindicación del 'Príncipe de la Libertad'", *Kultura* (Vitoria), n.º 9, 1986, p. 105-120.





Foto 13:  
Combate entre españoles e indígenas (en *Crónica*, de Gerónimo de Bibar).

229, 107, casi literalmente repetido por Aguilar, p. 286). Todos coinciden en considerarlo un mancebo sin experiencia. Ortiguera admite que tras su elección como príncipe se hace grave, altivo y ceremonioso, y Diego de Aguilar subraya:

“Mostró mucho gusto y regocijo con la dignidad. Puso luego casa de Príncipe con muchos oficiales y gentilhombres... Cobró alguna más gravedad... Ordenó título de que comenzasen sus provisiones y cartas que decía de esta manera: ‘Don Fernando de Guzmán, por la gracia de Dios’” (Aguilar, p. 277).

Vázquez-Almesto añaden que le movían la “ambición y codicia de mandar” (*Crónicas*, p. 214s.).

Para Sender Guzmán fue sólo un muchacho que por su inexperiencia respetaba mucho al viejo Aguirre. Tras el asesinato de Ursúa (en el que no participaba, pero al que tampoco se opone activamente) quiere ganarse la confianza de los veteranos, clavándole la espada al gobernador muerto. Sender admite que Guzmán con el nuevo cargo cobra “una nueva seguridad de sí mismo”, pero suprime la altivez de la que habla algún cronista. Igualmente apenas se sospecha su “ambición y codicia de mandar”; el lector tiene que deducirla indirectamente del hecho de que no rechaza la gobernación. Al con-



trario, se repiten varios episodios en los que salva a algún marañón de la muerte a manos de Aguirre (Belalcázar, Villatoro y Duarte, aunque no impide la de Arce). Está acongojado por el asesinato de Zaldueño, que no ha podido impedir, y se arrepiente en seguida de la rebelión contra Ursúa y pretende continuar siendo buen vasallo del rey. En resumen, es un personaje bastante positivo con unos defectos más bien originados por su juventud.

Frente a ello Otero ve en él a un personaje ridículo y malo. No inculpa sólo a éste sino incluye al tío Martín, quien fue ladrón de tumbas en el Cenú. El joven Guzmán, "Adulador y amanerado", consiguió de Ursúa su puesto por "zalemas y lisonjas" y, suprema ingratitud, es -conforme con Vázquez-Almesto- uno de los asesinos activos de su benefactor (al estilo de Shakespeare: "¿También tú, Fernando, mi hermano?", p. 163). Otero carga las tintas contra el nuevo gobernador (como Werner Herzog en su película): lo ridiculiza por comportarse como un emperador de una corte en plena selva amazónica y por ser glotón de buñuelos. Es interesante que ambos autores citen el mismo episodio, pero para acusar el uno a Lope y el otro a Guzmán. Me refiero a los marañones codiciosos y rijosos que piden los bienes y la mujer de su vecino tras la vuelta a tierras peruanas. Según Otero-Aguirre el "discreto Príncipe" contesta con "promesas turbias" (p. 209); según Sender es a Lope al que algunos marañones piden estos favores y éste les contesta: "téngalo vuesa merced por suyo desde ahora" (p. 217). (30)

Existen dos personajes que tienen mucha importancia para un autor, pero no para el otro. Mientras que Antón Llamoso apenas aparece en la novela de Sender, aquél es fiel reflejo de Lope en la de Otero. Aunque Pedrarias Almesto no pase desapercibido en el texto del venezolano, no tiene el extraordinario interés que le concede el escritor español.

Llamoso era para el cronista Ortiguera un "zapatero portugués" y el hombre "más cruel, endemoniado tirano y ministro de Satanás" (*Crónicas*, p. 102); por ello le responsabiliza personalmente de varias muertes, como la de García de Arce, del comendador Guevara, del capitán Enríquez de Orellana, de doña Inés y de un tal Alonso Rodríguez en la isla Margarita. Además mató en la misma isla al soldado Domínguez, del que se bebió los sesos. Según Vázquez-Almesto y Aguilar (a los que sigue Sender) el muerto así profanado fue el marañón Martín Pérez. Custodio Hernández, "bien prendado y culpado en esta tiranía" él mismo, como sabemos, dice de Llamoso y Carrión que eran

---

30. En efecto en la crónica de Pedrarias es Guzmán el que responde "con poca vergüenza: Hacerse há desa manera, y téngalo vuestra merced por suyo desde agora" (*Crónicas*, p. 224).



“dos muy grandes bellacos, íntimos amigos” de Aguirre (*Crónicas*, p. 197). Para Sender el personaje no tiene ninguna importancia hasta la mitad de la novela, con el asesinato de doña Inés. Sender aumenta el horrible crimen al añadir la muerte de otra mujer, la mulata María, no mencionada por Otero. Sender introduce un juicio de Pedrarias, al que estima mucho como se verá a continuación, según el cual Llamoso es un degenerado. Ofrece beberse los sesos del muerto Pérez por miedo a Lope y éste lo deja libre por ser un cobarde. Al final Llamoso queda como el único fiel a Aguirre (también según Ortiguera, mientras que Vázquez-Almesto y el autor anónimo hablan de cinco o siete fieles), pero éste lo rechaza como “mal compañero en la vida y la muerte” y no estima su fidelidad.

Todo lo contrario ocurre en el texto de Otero. Aguirre y Llamoso son dos amigos fieles el uno al otro desde su juventud, puesto que ambos son vasos oñatarra. Su amistad inseparable data de una pelea a puñetazos en la que el “enano” Lope le ganó al “peludo y cejjunto, hosco y desgachado” oso Llamoso. Como he dicho en otra ocasión Llamoso ejemplifica una parte del carácter vasco tal como lo concibe Otero: la absoluta fidelidad y solidaridad. Incluso se observa cierta influencia de la pareja Don Quijote-Sancho Panza en el dúo Aguirre-Llamoso: Aguirre asume el papel del idealista Quijote, y el peludo Llamoso el de su fiel seguidor Sancho.

*Pedrarias* cobra una importancia en la novela de Sender que no tiene en ningún otro texto. Sigue con ello a la autointerpretación del mismo Pedrarias, ladrón de crónica, ya que en realidad robó su relato a otro marañón, Francisco Vázquez. Introduce en el texto de éste algunos cambios para resaltar su propia persona e inocencia, como cuando se añade al grupo de los cuatro marañones huidos en la isla Margarita (31), entre los que se encontraba el verdadero autor Vázquez. Sender, sin embargo, sigue la versión de Vázquez y tampoco acepta la versión del episodio de la muerte de Ursúa “se fiaba mucho dél y siempre había sido su allegado y privado”. Sender, por su parte, inventa otro personaje, el pajecillo Lorca, con el que Ursúa estuviera charlando.

A pesar de que el autor español no siga las versiones de Almesto, no puede extrañar que lo haya incluido como personaje importante en su novela. Pedrarias se ve en “su” crónica a sí mismo como personaje ficticio, ejemplificando lo que se ha dicho anteriormente sobre la mezcla entre historia y litera-

---

31. Ortiguera le sigue en este intento de rehabilitación y en otros, como el consejo de Ursúa de dejar a cierta mala gente como Aguirre en Perú (*Crónicas*, p. 128, 178).



tura de las crónicas. Pero más que personaje novelesco, Sender lo transforma en humanista, ávido de todo tipo de conocimiento. Siempre lleva un cuadernillo consigo, pidiendo información a los aborígenes sobre sus costumbres (32). La amplitud de su saber y la finura de su espíritu hacen de él el único personaje irreprochable. Precisamente por estas cualidades su juicio sobre otras personas es importante, ya que el autor lo utiliza a veces como portavoz. Según él "no todo es estiércol en el alma de Aguirre", sino que en un rincón de su conciencia admira la nobleza (aunque es cierto que al parecer nadie, aparte de Pedrarias, posee esta cualidad). Incluso ve en Lope a un hombre trágico, "un Julio César con la cabeza reducida al tamaño de un puño" como los trofeos disecados de los indios. Es verdad que el Aguirre de Sender no es insensible a la nobleza de espíritu de Pedrarias; lo aprecia hasta tal punto que quisiera verlo casado con su hija y no lo ahorca por haberse fugado al final, castigo que suele aplicar por faltas mucho menores o sin falta alguna. El Almesto senderiano, noble también con Aguirre, contradice totalmente al autor de la crónica, quien habla de "este tirano, malo y, perverso... enemigo de los buenos y virtuosos", del que queda la fama de un "malvado Judas, para blasfemar y escupir de su nombre, como del más malo y perverso hombre que había nacido en el mundo" (*Crónicas*, p. 239, 268). Añadiría que el Almesto real no era generoso con nadie (menos consigo mismo), sino que acusaba con nombre a varios de sus compañeros e incluso aconsejaba al rey que no usara "con ellos de ninguna clemencia" (*id.*, p. 244, 250, 265).

Otero Silva no sigue a Sender en su idealización de Almesto. Igualmente se mofa de los cronistas Vázquez y Almesto, presentándoles en una escena de pelea entre ellos (p. 232).

Reduce considerablemente el papel de Pedrarias en su novela a pesar de que siga la versión de éste en el asesinato de Ursúa, al que en un primer momento intenta defender. También sigue su versión de su captura junto a Diego de Alarcón, abreviando algunos detalles, aunque calificándolo de antemano como "algo fanfarrón y hablador" (p. 301). Lope le perdona la vida, según Otero, por dos razones: por haber comenzado una carta en su nombre al rey (siguiendo al propio Almesto, *Crónicas*, p. 278, 254). Otero toma este dato para acusarle directamente de la muerte de Elvira, porque Pedrarias se niega a protegerla, puesto que tendrá que defenderse pronto ante la justicia y le sería

---

32. El autor incluso pretende que los datos de las páginas 235s. y 244 estén copiados directamente de su manuscrito.



difícil escapar a la sentencia de muerte "llevando debajo de mi amparo a la prenda más querida de un perverso tirano" (p. 334).

Por último el protagonista, *Lope de Aguirre*. Como breve anticipación digamos que Otero Silva se ubica en la línea aguirrista (principalmente defendida por críticos vascos) y Sender en la opuesta, aunque no tan negativa como la de los cronistas del s.XVI.

Al comienzo Sender introduce al protagonista escribiendo una especie de curriculum vitae que resume los datos principales hasta la expedición de El Dorado; en ella subraya la participación de Lope en numerosas incursiones contra los indios y en represiones de motines. Según el protagonista la mayoría de las veces luchaba en el bando real y quedó inválido en la batalla de Chuinga contra el rebelde Hernández Girón. De ahí resulta el rasgo fundamental de su carácter, el resentimiento, puesto que todos sacaron algo de las revueltas o fueron recompensados posteriormente por las autoridades, mientras que él se ha quedado con las manos vacías, es decir, comenzó "a sentir(se) estrecho dentro de (su) conciencia". Es difícil distinguir en sus actos y palabras claramente entre la venganza y la reivindicación justa, entre justicia y afán de poder. Continuamente expresa su impaciencia por el hecho de que los hombres no sean recompensados según sus méritos, pero igualmente exalta el derecho del más fuerte. Quiere reivindicar sus "derechos atropellados o desconocidos" en Quito, Panamá y Lima por haberse quedado sin encomiendas ni honores. Si son ciertos sus méritos (desde luego los cronistas los niegan) Aguirre se parecería a Bernal Díaz y a otros viejos conquistadores a los que se había quitado el poder ejecutivo. Según Lope la actual autoridad debe "dimitirse de sus cargos y entregarlos a los capitanes vencedores, que ellos sabrán muy bien distribuirlos y restablecer la justicia y el honor a cada cual" (p. 196). Sin embargo, Aguirre parece más bien un resentido nato, puesto que la naturaleza no le ha favorecido en nada; su resentimiento no se dirige contra ninguna persona en concreto, sino "contra los hombres todos, contra el cielo y la tierra, contra el rey y contra Dios" (p. 83). Le hiera la condescendencia de los fuertes y su envidia se extiende, por lo tanto, a todos los hombres físicamente agraciados y materialmente exitosos, como el capitán Vargas, Ursúa, García de Arce... Se parece en ello a los negros, favorecidos por él, que también odian a los triunfadores. El autor afirma que Lope casi no tiene necesidad de comida, puesto que su "instinto de reivindicación y venganza" lo mantiene (p. 149).

Otero Silva, siguiendo la técnica de Sender, introduce un escrito del propio Lope sobre sus acciones de conquistador, pero llega a un resultado totalmente distinto. Para él, el viejo vasco no es un resentido, sino un hombre valiente, afanoso de hacer justicia, engañado tras inhumanos sufrimientos por



sangrientos y falsos delegados del rey como Vaca de Castro, Francisco Carvajal y La Gasca. Ha sido pasado por alto a la hora de las recompensas -y reclamar su parte justa ciertamente no es ni resentimiento ni venganza. Otero, para profundizar en la injusticia cometida en Aguirre, introduce aquel incidente relatado por el Inca Garcilaso en sus *Comentarios reales* acerca de un tal Aguirre, castigado injustamente por el alcalde Esquivel en Potosí. Segundo de Izipuzua fue el primero en atribuir el incidente al marañón Aguirre, aunque es dudosa la identidad; Elías Amézaga, amigo de Otero, igualmente está convencido de la coincidencia (33). Al igual que los dos anteriores Otero subraya el carácter vasco de su héroe: el ansia de libertad y de justicia (34), mientras que para Sender la ascendencia vasca de su protagonista no tiene ninguna importancia. No coincide esta apreciación del carácter vasco con la idea que de él tienen los cronistas: los hombres de Lope “eran todos vizcaínos y marineros y gente de costa y de poca honra... gente muy maldita y mala” (Zúñiga en *Crónicas*, p. 14).

El Aguirre de Sender se merece su nombre “lupus”: emborracha a su gente para espiar sus pensamientos; escucha y hace cábalas; instiga la discordia entre sus enemigos y siembra el miedo entre los marañones para que nadie se fíe de nadie; incluso asesina a inocentes para atar a sus marañones indisolublemente a su persona. Estos actos y el intento de eliminar a los enfermos y débiles por su poca aprovechabilidad recuerda ciertos métodos de los nazis. Su perversidad llega hasta tal punto que obliga a un niño de once años, el pajecillo Antoñico, a matar al marañón Martín Pérez. Sender introduce una escena esperpéntica en la que Aguirre anima a sus arcabuceros a divertirse tirando sobre el cuerpo ahorcado de Ana de Rojas, una “mujer honesta”:

“Así pues, la ejecución de doña Ana se convirtió en una alegre competición, hasta que uno de los arcabuceros, habiendo rota la espina dorsal en la nuca, el cuerpo cayó descabezado” (p. 340). (35)

33. El Inca Garcilaso lo llama simplemente “fulano de Aguirre”; a pesar de que coincida el físico: “pequeño de cuerpo y de ruin talle”, no creo que se trate del mismo personaje, puesto que más adelante el Inca relata la expedición de Ursúa y su muerte en la misma, nombrando como autores a “Fernando de Guzmán y Lope de Aguirre y Salduendo”. En ningún momento relaciona a los dos Aguirres. Además es bien sabido que se solían repetir mucho los nombres y en efecto hubo otro Aguirre -Juan- en la misma expedición (*Comentarios reales*. Madrid. BAE, vol CXXXV. 1965, p. 38, 40, 162s.).

34. Cf. el episodio del abuelo de Aguirre, p. 115; “rey Felipe... nos has forzado a trabajar de muerte y nos has desposeído de nuestros legítimos premios, y bueno es recordar que ambas demasías fueron siempre en tierras vizcaínas suficientes para desnaturalarse del señor”, p. 205.

35. Otero sigue la extraña versión de Ortiguera de que Ana de Rojas quería envenenar a Lo-



En el texto senderiano la inhumanidad se hace patente al comparar su cara con las cabezas humanas reducidas de los indios antropófagos (p. 231, 274, 298). El *leitmotiv* de sus actos es: "en la vida (guerra) todo está permitido" y la "vida es para el que tiene mejores uñas" (p. 31, 161, 56).

No nos vamos a ocupar de detalles nimios como el de si Aguirre fue glotón y promiscuo (afirmado por Vázquez-Almesto, negado rotundamente por Otero, mientras que Sender toma una actitud intermedia al respecto); tampoco importa si fue religioso y si tenía humor negro o no; nadie hoy día creerá que fuera poseído por un demonio (36). Pero sí es esencial el señalar cómo los autores ven al vasco con respecto a sus pretensiones políticas.

En la novela de Sender Lope cita en varios momentos como modelo a los rebeldes Pizarro, Girón y Almagro: según él les faltaban únicamente suficientes "arrestos para alzarse con la corona del Perú y hacerse rey contra el de Castilla" (p. 23). Fotos 14 y 15.

El Lope de Sender se alza simple y llanamente contra su rey para instalarse a sí mismo como "caudillo". En su soliloquio tras la eliminación de Arce expresa claramente su única voluntad de *poder*, lo que se confirma en su diálogo con Pedrarias:

"Nada importa en la vida, ni el pan ni el vino, ni la hembra, ni la amistad, ni los honores del rey. Sólo importa poner la bota donde yo sé que hay que ponerla" (p. 366; p. 160).

Si el Aguirre senderiano quiere ir sobre el Perú por su propio interés, el de Otero "Príncipe de la libertad", lo hace por razones distintas: es el primero en luchar por la libertad del pueblo americano, pueblo que incluirá todas las razas, blanca, negra e india. Si los cronistas mantienen que Lope fue a "tirani-zar" el Perú, el de Otero se apresta "a librar al Perú de tus reales garras rey español" (p. 182). Según Sender Aguirre instigaba a los hombres a volverse contra el Perú con la promesa de que podrían elegir ahí cualquier hacienda y mujer "para despertarles la codicia"; el Aguirre de Otero jamás ensucia su bandera de la libertad con promesas indignas. Sus promesas, copiadas literal-

---

pe, mientras que todos los demás están de acuerdo en decir que su única "culpa" fue la de haber huido un marañón alojado en su casa (Téngase en cuenta que Ortiguera atribuye los hechos de Ana de Rojas a una tal Catalina Rodríguez).

36. El Lope de Sender es más contradictorio que el de Otero: es sanguinario y "noble" a la vez (Sender, nota p. 410); admira la nobleza y finura de Pedrarias, pero no puede sostener la mirada del sencillo y apacible Diego de Alcaraz: "Cuando no tenía más remedio que mirarlo, los ojos se le desenfocaban ligeramente y se veía un pequeño y momentáneo estrabismo" (p. 276).





Foto 14:  
Don Diego de Almagro.

mente de Zúñiga, son justas por dirigirse a marañones dignos y valientes (p. 230).

La "Carta al Rey" incluida por ambos autores (Sender, p. 382ss.; Otero, 304ss.) sirve a Otero para apoyar su interpretación del personaje como liberador, mientras que en Sender, por las características del protagonista y sus actos, no puede tener el mismo resultado. Por el contrario, la carta contradice su discurso ante los marañones en el que se queja de los curas y frailes "por estorbar la libertad de los soldados", "libertad" necesaria para "mejor hacer las conquistas y *sujeta* a los naturales" (p. 304s.).

Otero presenta a un Aguirre-gobernador justo de la isla Margarita: destruye los objetos de sumisión y explotación al destrozarse el rollo de ahorcamiento; despedaza la caja real y quema cuentas y registros; suprime el servicio militar, impone tributos a los ricos y sube el precio de los productos para favorecer a los pobres. Para Sender, Aguirre, tras un vano intento de des-





Foto 15:

trozar el rollo, lo utiliza para sus propios fines (ahí colgará a Ana de Rojas y otros); se apodera de la caja real por interés y jamás paga los precios, en efecto subidos por él. La “libertad” que Lope propaga, según Sender, es la de “hacer y deshacer en la isla y tomar lo suyo y lo ajeno sin cuidado” (p. 292). Foto 16.

En este sentido también es interesante la actitud de Aguirre para con los negros e indios. Sender dice literalmente que el vasco los trató como “animales domésticos. Con desdén, aunque con cierto respeto por su inocencia” (p. 166). Se contradice al afirmar que no mató a ningún indio: hace la prueba del curare en dos indios que mueren a continuación (37) y por su orden se ahogan los indios a los que traicioneramente mandó salvar del agua a Guevara; tampoco impide que dos indios sean matados por otro tupí (p. 240, 249, 269). Pa-

37. Incluso Ortiguera habla en general del hecho como cometido por los “españoles” sin acusar directamente a Aguirre, *Crónicas*, p. 111.



**FIRMA AUTOGRAFA DE LOPE DE AGUIRRE PRECEDIDA  
DE LAS FRASES DE CORTESIA, ESCRITAS DE SU  
PUÑO Y LETRA:**

besa las manos a v  
y servidor

Lope de Aguirre

(besa las manos a vuestra paternidad  
y servidor

Lope de Aguirre).

Foto 16

ra Otero, Aguirre es un hombre lascasiano que defiende "el alma humana" de los indios contra el cura Henao, otro Sepúlveda (p. 144). Le indignan las crueldades cometidas en los indios, como el degollamiento de Atahualpa, la amputación de la mano de seiscientos indios y el asesinato de inocentes indígenas por parte de Ursúa, La Bandera y García de Arce.

En la novela de Sender los negros cobran una importancia que no tienen en la de Otero, pero no en el nivel histórico sino en el literario. A través de sus ritos, magia y cantos crea ambiente en la novela, ambiente que se inspira en la corriente literaria afro-cubana. El Aguirre senderiano trata a los negros con el mismo desdén que a los indios, llamándolos "morenos bellacos, macacos", aunque los halaga a la vez, porque le son imprescindibles como verdugos de sus enemigos. El papel de los negros se reduce esencialmente a esto: ser los verdugos al servicio de su amo y crear ambiente. El Aguirre de Otero defiende a los negros cimarrones y a su líder Bayamo contra Ursúa, y libera a



cien de ellos de la esclavitud en el camino a Barquisimeto, con la promesa de la abolición de la esclavitud en su futuro reino de Perú:

“(allí) esa porción desgraciada de hombres que gimen en la esclavitud será libre; la naturaleza y la justicia nos ordena emanciparlos; yo imploro la libertad absoluta de los esclavos...” (p. 313).

Sin duda alguna estas palabras de Aguirre significan para su autor venezolano la primera declaración de abolición de la esclavitud.

Ahora bien, ¿quién fue Aguirre y, en menor grado, quiénes fueron los demás protagonistas de la aventura amazónica? ¿Fue Lope aquél “lobo” sanguinario, asesino de inocentes y honrados, o no fueron éstos tan inocentes tampoco? ¿Fue Aguirre un “demonio”, como lo evoca el cronista Ortiguera, o la “ira de Dios”, según sus propias palabras? ¿Fue simplemente el primer “caudillo” de América, comienzo de una larga cadena de “caudillos, caciques y dictadores” (P. Verdevoye), tal como lo interpreta Uslar-Pietri o fue el primer “libertador”, como lo ensalzan Simón Bolívar y Otero? (38)

Julio Caro Baroja contesta detalladamente a algunas de estas preguntas en su estudio “Lope de Aguirre, ‘traidor’” (39). Muestra que la imagen del Aguirre de las crónicas está deformada por un lado por el concepto de ser vasco que dominaba en aquella época (“colérico, iracundo y soberbio”) y por otro lado por el interés personal de los cronistas y por su actitud moralizante y política (fieles seguidores de la monarquía etc.). Explica, además, que habrá que verlo dentro de algunos conceptos medievales y ante todo dentro del sistema de bandos del norte de España (“Lope de Aguirre es un banderizo, ni más ni menos”, p. 118). De ninguna forma se debe olvidar que las imágenes históricas de Aguirre y Ursúa son complementarios, el uno en función del otro: el joven héroe, símbolo de la bondad y el viejo, poco agraciado, representante del mal, “Glorificado el uno, maldito el otro”.

Pero en realidad para nuestro enfoque, el de la recepción, ni siquiera es pertinente la discusión larga acerca de la “verdad” histórica (de todas formas difícil de determinar más de cuatro siglos después). El hecho es que los tres autores analizados aquí han elegido el mismo personaje literario (aunque fuera real en algún momento) y se han apoyado en las mismas fuentes para llegar a conclusiones totalmente distintas. Volvamos a una idea de los “repcionistas”, expresada de manera perfecta en la siguiente constatación de Borges:

---

38. El mismo Aguirre se da en sus cartas y discursos ante los marañones los títulos de “Príncipe de la libertad”, “ira de Dios”, “caudillo”, “el Peregrino”, y “traidor” en la famosa carta de desnaturalización.

39. J. Caro Baroja, *El señor Inquisidor y otras vidas por oficio*. Madrid. Alianza. 1983, p. 65-146.



“La obra que perdura es siempre capaz de una infinita y plástica ambigüedad... es un espejo que declara los rasgos del lector” (*Otras inquisiciones*).

En efecto, habrá que buscar estos rasgos de nuestros dos últimos “lectores” (autores): uno americano, de ideología comunista, luchando por la identidad americana (40); el otro europeo —pero no vasco—, de ideas ácratas y existencialistas (aunque temporalmente también comunistas); uno consciente de una escritura americana, el otro ciertamente influido por otra tradición europea, inaugurada por Valle-Inclán en su novela *Tirano Banderas*.

Lo único seguro que se puede decir acerca de Lope es que fue verdad la sentencia del blasón de los Aguirre (y a la que aspiraba según los cronistas) (41), “*Omnia si perdidieris, famam servare memento*”. foto 17.



Foto 17:

Mapa con el recorrido de Lope de Aguirre.

40. Abel Posse lo expresa de forma sencilla y clara en su novela *Daimon*, también acerca de Aguirre: “El 12 de Octubre de 1492 fue descubierta Europa y los europeos...” Barcelona. Argos Vergara. 1981, p. 28. Posse lo declara “anti-imperialista”.

41. “Aguirre había dicho muchas veces que á lo ménos la fama de las cosas y crueldades que hubiese hecho, quedaría en la memoria de los hombres para siempre; y que su cabeza seria puesta en un rollo, para que su memoria no peresciese, y que con esto se contentaba”, Vázquez-Almesto, *Crónicas*, p. 268.